JOAQUÍN TÉLLEZ DE SOTOMAYOR Y LUIS GRAJALES

LA PIADOSA MENTIRA

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA



MADRID
Sociedad de Autores Españoles
Calle del Prado, 24
1920

LA PIADOSA MENTIRA

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA, ORIGINAL

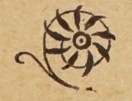
LA PIADOSA MENTIRA

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

Joaquín Téllez de Sotomayor
y Luis Grajales

ESTRENADA EN EL TEATRO COLISEO IMPERIAL
EL 30 DE SEPTIEMBRE DE 1920



MADRID
Imp. de A. Marzo.—San Hermenegildo, 32 dupd.º
1920

A Juana Gil Andrés y Fernando Montenegro

Con todo cariño,

Los autores.

REPARTO

PERSONAJES

ROSARIO.....	Juana Gil Andrés
MARÍA VICTORIA.......	Cristina Ortega.
DOÑA CARMEN	María Hurtado.
CIRIACA................	María Mateos.
CRISTÓBAL.............	Casto Javaloyes.
JOSÉ MARÍA...........	Fernando Montenegro.
ALBARRÁN	Mario Albarrán.
GUILLERMITO	Francisco Jareño.
DON DIEGO..	Fernando Morales.
ROMÁN.................	Félix Briones.

DESCRIPCIÓN DE LOS PERSONAJES DE ESTA OBRA

ROSARIO.—Mujer hacendosa, frisando en los treinta años, amante del hogar, modelo de esposas, ejemplo de quienes saben sacrificarse por un santo ideal, aun cuando las apariencias hagan recaer sobre su persona maldades y fechorías incapaces de ser concebidas en un espíritu que, como el de este personaje, sólo está hecho para el sufrimiento silencioso.

MARÍA VICTORIA.—Chiquilla de diez y siete abriles, en el alborear de su vida; no sabe, felizmente para ella, de sinsabores y disgustos; una nubecilla se presenta en su actuación escénica; pero, como verá el que lea, pasa pronto; su ingenuidad no permite la sedimentación de las penas.

DOÑA CARMEN.—Señora de *cierta edad,* ducha en el dominio de su marido, redicha en el hablar, ligera en sus reflexiones, amiga de prontos y repentes, aun cuando luego el arrepentimiento se manifiesta en ella de un modo franco; calculadora, algo cicatera y un poco tocada de la chismería pueblerina.

CIRIACA.—Criada antigua, bastota, fiel como un perro; no sabe de nada, sino sentir afecto a sus amos, por los que, gustosa, se sacrificaría.

CRISTÓBAL.—De poca más edad que Rosario, serio, triste, metido en sí; víctima de una ceguera pertinaz, no ve la vida sino como si la mirase a través de los negros cristales de las gafas que ocultan el mal de sus ojos, cegados para siempre. Fiel amante de su esposa, enamorado de

ella; paladín de honradeces, su figura se realza a cada paso que da en la vida de la comedia.

José María.—Hermano de Rosario, poco más joven que ella, golfo de buen corazón, de hondos sentires, aunque sus palabras le hagan aparecer como hombre que toma la vida a juego y chacota. Si Rosario sabe tener corazón, su hermano José María, el alocado, el calavera, no le va en zaga.

Albarrán.—De la edad de Cristóbal, pacífico, bueno, ingenuamente franco, íntimo del ciego, capaz y dispuesto para todo lo que sea honrado y noble; si la bondad perteneciese a la ornitología, seguramente el nido estaría en el alma de este personaje.

Guillermito.—Niño de pueblo, de poca más edad que María Victoria, de la que está enamorado; es un perfecto infeliz, que si se despabila un tanto es gracias a las gestiones del tío José María.

Don Diego.—Podría decirse Don Nadie; sugestionado por su mujer, Doña Carmen, no es otra cosa que el fiel repetido de las frases y pensamientos de la compañera de su vida; podría llamársele, y no sin razón, Don Eco.

Román.—Buena pareja de Ciriaca, noblote, confiado y adorador de sus amos, confidente de Rosario, porque es buen conocedor de las virtudes de su ama, a la que sirve con ciega incondicionabilidad.

ACTO PRIMERO

DECORACIÓN

La escena se desarrolla en la Juncada, pueblecillo de poca importancia; la decoración representará la sala baja de un hotelito que respira *confort* y comodidades. La puerta del foro, que será practicable, da a un jardín; estamos en la habitación de *estar* de los habitantes del hotel. Puerta a la derecha, que supone da al recibimiento; puerta a la izquierda, que va al comedor. La sala estará alegre; es un día de primavera; son las dos de la tarde; mucho sol, mucha luz. Derecha e izquierda, las del actor. Al levantarse el telón la escena estará sola. Momentos después se oirá un timbre por la derecha. Pasa Ciriaca de izquierda a derecha; poco después, y también por la izquierda, aparecerá José María fumando una tagarnina.

ESCENA PRIMERA

CIRIACA *y* JOSÉ MARÍA

JOSÉ M.ª La verdad que fué todo un señor filósofo el que dijo que tripas llevan pies, y que tiene una enormidad de razón la frase del bohemio: «¡Qué hermosa es la vida después de comer!»

(Ciriaca, saliendo por la derecha, con un fajo de periódicos en la mano.)

JOSÉ M.ª Era el cartero; ¿verdad, fámula circunspecta?

CIRIACA. El cartero; sí, señor.

JOSÉ M.ª ¿He tenido epístola, misiva, billete, esquela?

CIRIACA. No ha tenío usted nada de eso. Una carta.

JOSÉ M.ª Entrégamela.

CIRIACA. *(Dándole el fajo que lleva en la mano.)* Véalo usted, porque yo no sé bien de letra.

JOSÉ M.ª Pero si aquí no hay más que un sobre; todo lo demás son periódicos.

CIRIACA. Entonces, esa es su carta. El peatón me ha dicho que había carta pa usted.

JOSÉ M.ª *(Cogiendo la misiva.)* Para mí es. Don José María Cañizares. ¿Quién será el imbécil que se acuerda de mí?

CIRIACA. ¿Quie usted los periódicos?

JOSÉ M.ª Déjalos aquí, y di a la señorita que aquí la espero para tomar el café; que acaben de comer tranquilos.

(Ciriaca hace mutis por la izquierda.)

ESCENA II

JOSÉ MARÍA

JOSÉ M.ª *(Tumbado en una butaca de mimbre.)* A ver quién se preocupa del desterrado. *(Rasga el sobre, saca la carta en cuestión y mira lo primero la firma.)* ¡Hombre! De Rafaelito Castillo. Veamos qué intestino se le ha roto a Rafaelito Castillo. *(Lee.)* «Querido Pepe: No puedes imaginarte las cosas que te estamos llamando. Has hecho un disparate de órdago a la grande; el asunto cambió radicalmente. Por fin, tras mucho calcular, hemos dado con la martingala soñada; para qué te la voy a explicar, si en ese pueblacho estarán tan poco civilizados, que el nombre de «bacarrat» creerán que se refiere a algo exótico. Arriesgamos cincuenta y siete tantos y ganamos diez y nueve diarios, teniendo tan sólo un salto cada veinte barajas. Esta es la definitiva, ¡la concluyen-

te! Te escribo en el mismo casino; me están esperando Aguilar y Contreritas, que vamos en *auto* a la Cuesta de las Perdices; ya supondrás que brindaremos a tu recuerdo. Dice Antonia «la Pinturera» que cuándo vuelves, y la francesa de Fornos me ha preguntado por ti. No seas majadero y haz una escapada; Madrid está esta primavera como nunca. De la cuestión del pagaré, puedes estar tranquilo; tu hermana giró a su tiempo, saldando el préstamo que le hizo nuestro viejo amigo Roldán. Escríbeme. Recuerdos de todos, y tú, querido Pepe, recibe un fuerte abrazo de tu siempre amigo, *Rafael.*» «Postdata. Una cosa la mar de interesante: María Luisa se ha mudado de la calle del Limón; creo que vive en Madrid Moderno; dime si quieres algo para ella, por si la veo.» *(Momentos antes de terminar la lectura de la carta entran por la izquierda Rosario y Cristóbal. Éste, como queda indicado, es completamente ciego; lleva puestas unas gafas negras, saliendo apoyado en el brazo de Rosario.)*

ESCENA III

José María, Rosario, Cristóbal; *después* María Victoria

ROSARIO. ¿De quién has tenido carta, José María?

JOSÉ M.ª *(Rompiendo la carta en pedazos, mientras Cristóbal se sienta en otra butaca de mimbre.)* De un amigo de Madrid, y ya ves el caso que de ella hago.

ROSARIO. Dios sabe lo que en ella te dirán.

JOSÉ M.ª ¿En ella? Amoríos, juergas, excursiones en *auto,* todo lo que voluntariamente he dejado por venir a este hotel.

CRIST. A los apuros de la necesidad les llamas tú impulsivismos del corazón.

JOSÉ M.ª ¿Empezamos el sermón, Padre Cristóbal?

ROSARIO. ¡Ea! Dejaos de tonterías y vamos a tomar el café. *(En este momento entra Ciriaca por la izquierda con el servicio del café, que dejará encima de una mesita, yéndose por donde ha venido, sin decir esta boca es mía.)*

CRIST. Tienes razón, Rosario; dejemos a este loco con sus locuras y pensemos en la hermosura del día que hoy hace. ¡Qué bendición de sol, que conforta los campos y que alegra las almas con su espléndida luz!

ROSARIO. *(Sirviendo el café a José María.)* Tú, tu café solo y con un terrón. *(Poniendo café a Cristóbal).* Tú, mitad y mitad y con mucho azúcar. *(Echando café en la taza de María Victoria y en la suya.)* Para Marujilla, como para mí, leche y unas gotas de café. *(Yendo a la puerta izquierda y llamando.)* ¡Marichu!

M.ª VICT. *(Dentro.)* ¡Voy, mamá.

CRIST. ¿Ves, Rosario? Al salir del comedor, triste y obscuro, y al entrar en esta habitación, percibo admirablemente el resplandor solar. ¡Debe hacer un día...!

M.ª VICT. *(Saliendo por la izquierda.)* Aquí estoy, mamá.

ROSARIO. El café.

JOSÉ M.ª *(Que había estado paladeando con deleite la infusión servida.)* ¿Dónde demonios compras el café, o qué diablos de mixtura le echas, que en mi vida he tomado brebaje tan exquisito?

ROSARIO. ¿Qué te crees? ¿Que las amas de casa no

sabemos tanto como puedan saber los cocineros de tus casinos madrileños?

CRIST. *(A José María.)* Y sobre todo un ama de casa del calibre de tu hermana Rosario, gracias a lo cual el ciego vive su vida feliz dentro de las negruras de su eterna noche.

JOSÉ M.ª Sí, todo eso es verdad; pero no sé por qué razón habéis de vivir en este pueblo, cuando con lo que tenéis, mejor dicho, con lo que debéis tener, viviríais tan ricamente en los Madriles. *(A María Victoria.)* ¿No opinas tú así, María Victoria?

M.ª VICT. Yo no tengo opinión, tío José María; donde mi padre y mi madre sean felices, feliz seré yo también.

JOSÉ M.ª *(Con cariñosa ironía.)* ¿Eh? ¿Qué tal? ¿Qué os parece? Tengo una sobrina que es una alhaja. Claro está que cuando llegue el invierno y Guillermito se vaya a la corte, echarás más de menos aquello y más de más esto.

M.ª VICT. ¿Guillermito? Bastante me importa a mí Guillermito.

JOSÉ M.ª Pues tú a él, sí; que si en todos sitios no se sabe lo que se hace, aquí se averigua hasta lo que se piensa hacer.

CRIST. *(A Rosario.)* Y a propósito, ¿vinieron los periódicos?

ROSARIO. Sí, Cristóbal; el cartero vino hace poco.

CRIST. Cuando a la caída de la tarde nos quedemos solos, me leerás cualquiera de ellos; que gracias a su lectura salgo de este triste pueblo, y me hago la ilusión de que he paseado por la calle de Alcalá.

JOSÉ M.ª *(A Rosario.)* Si es lo que yo digo: a tu marido le conviene más la corte que el cortijo. Allí podríais ir a conciertos, a teatros, donde se distraería.

CRIST. Por acá también hacemos nuestra música de cuando en cuando.

JOSÉ M.ª *(Con cómico temor.)* ¿El gramófono? Líbreme Dios de él; antes prefiero oír chirriar a los grillos y a las cigarras que escuchar el sonsonete que sale de la bocina de vuestro aparato.

M.ª VICT. *(Que habrá estado leyendo «A B C».)* Mamá, se casa Pilita con un diplomático, y se van a Estocolmo... Mira, aquí lo dice... ¡Qué viaje más bonito! ¡A Estocolmo!

JOSÉ M.ª Por ahora, sobrina, te conformarás con la Juncada; es un pueblecito al que tus padres le han tomado un cariño loco.

CRIST. *(Un tanto molesto.)* Pues ve tú, si tan cansado de él estás.

JOSÉ M.ª ¡Sólo falta eso! Que me eches de tu casa.

CRIST. Nadie te echa. Cuando tú te vas, es porque te conviene.

JOSÉ M.ª ¡Naturalmente! Y tú, encantado de que me convenga.

CRIST. Te advierto que ni te necesito ni me estorbas.

JOSÉ M.ª Necesitarme, ¿para qué? Ya está aquí esta infeliz. No estorbarte, me tiene sin cuidado.

CRIST. ¡José María!

JOSÉ M.ª ¿Qué pasa, Cristóbal?

ROSARIO. ¿Volvemos a las andadas? *(A Cristóbal.)* ¡Por Dios, Cristóbal! *(Á José María.)* Y tú, José María, calla de una vez.

JOSÉ M.ª ¡Yo! Si es Cristóbal el que...

CRIST. ¡Ah, vamos! ¡Aun soy yo!

(Se oye un timbre por la derecha; Ciriaca pasa a abrir a quien llama.

ROSARIO. Bueno, silencio; serán los señores de González de la Pradera.

JOSÉ M.ª Ahí tienes a tu Guillermito.

ROSARIO. *(A José María.)* Y tú, a ver si no dices tonterías.

JOSÉ M.ª (*A Rosario, con cómico enojo.*) ¿También tú?

ROSARIO. (*A José María.*) No, es que te conozco.

ESCENA IV

Dichos y DOÑA CARMEN, DON DIEGO *y* GUILLERMITO

(*Ciriaca pasa de derecha a izquierda, y todos se ponen en pie para recibir a los que llegan.*)

D.ª CARM. No, nada, quietos, sin ceremonias ni cumplimientos.

D. DIEGO. Sin cumplimiento, sin ceremonia.

D.ª CARM. (*Saludando a todos los que indica.*) Doña Rosario, siempre tan hacendosa y tan linda. ¡Eh, Diego! ¿Qué te parece?

D. DIEGO. Pues, eso: ¡tan linda!, ¡tan hacendosa!

ROSARIO. (*A Carmen.*) Usted, que es muy amable.

D.ª CARM. Adiós, don Cristóbal y don José María, ¿qué tal y cómo les va en el día de la fecha?

CRIST. En el día de la fecha como en el de ayer, sobre poco más o menos.

ROSARIO. Pero siéntense ustedes.

D.ª CARM. (*A José María.*) Y mi señor don José María, ¿se encuentra ya más plácido en la Juncada?

JOSÉ M.ª Placidísimo; pero echando un horror de menos Madrid.

D.ª CARM. Pues ya ve usted, nosotros somos al revés que los demás: la gente viene aquí de veraneo, y nosotros nos vamos a Madrid de inverneo. Caprichos de Diego.

(*Mientras los papás se entretienen en la visita, Guillermo, que se habrá sentado al lado de María Victoria, pregunta a ésta con interés.*)

GUILLER. ¿Y usted, María Victoria, ¿no dice nada?
M.ª VICT. ¿Qué quiere usted que diga, Guillermo?
GUILLER. ¿No echa usted de menos a Madrid?
M.ª VICT. No, señor; estando al lado de mis padres, ¡tan feliz! *(Hay una pausa larga, al cabo de la cual dice.)*
D.ª CARM. ¡Vaya, vaya! *(Pausa.)*
D. DIEGO. ¡Vaya, vaya!
JOSÉ M.ª *(Que no puede contenerse.)* Bueno; a mí lo que me encanta de la vida de los pueblos es la animación de sus tertulias, los infinitos temas de conversación; nada, nada, que me voy reconciliando con la vida de los pueblos.
D.ª CARM. ¡Claro está! ¡Como que todo se sabe!
JOSÉ M.ª ¡Espantárame yo! Bueno, ¿y qué se sabe?
D.ª CARM. *(En tono de cariñoso reproche.)* Conque, ¿don José María?
D. DIEGO. *(En el mismo tono que su mujer.)* Sí, señor; conque, ¿don José María?
JOSÉ M.ª Pero bueno, ¿qué ocurre?, ¿qué pasa?
ROSARIO. Tiene razón mi hermano, ¿qué sucede?
CRIST. ¿Qué es ello?
D.ª CARM. ¡Ah! ¿Pero no lo saben ustedes? ¿Pero dónde viven ustedes? ¿Pero en qué planeta residen ustedes? Don José María que se nos casa.
JOSÉ M.ª *(Dando un salto.)* ¡Yo!
ROSARIO. ¡Tú!
CRIST. ¡Él!
M.ª VICT. ¡Mi tío!
JOSÉ M.ª *(Repuesto del susto.)* Ustedes sí que viven a no sé cuántas leguas de la realidad. ¡Bueno, ¿y con quién me caso?, vamos a ver, porque yo no me he enterado.
D.ª CARM. *(A José María.)* Es usted el mismísimo demonio.
D. DIEGO. Sí, señor...; es usted... el mismísimo demonio.

JOSÉ M.ª ¡Está bien! ¿Pero con quién me casan ustedes?

D.ª CARM. *(A su marido.)* ¡Con quién! ¿Oyes, Diego? Ha dicho ¡con quién!

D. DIEGO. ¡Claro que lo he oído, Carmelita. Ha dicho ¡con quién!

D.ª CARM. *(A José María.)* Con Fausta, la hija del boticario. Si eso es hoy moneda corriente en la Juncada.

JOSÉ M.ª (*Aterrado.*) ¡Con la hija del boticario!

D.ª CARM. ¡Claro! ¿No fué usted, y por dos o más veces interpeló a la interesada, diciéndola, sobre poco más o menos: «Es usted, Fausta, la única mujer que me reconcilia con la vida?»

JOSÉ M.ª (*En el colmo de la estupefacción.*) ¿Que yo he dicho...?

D.ª CARM. Claro.

JOSÉ M.ª ¡Obscuro! ¿Yo casarme? ¿Yo decir a una mujer «buenos ojos tienes»? Antes voy a cazar tigres de Bengala. ¡Vamos, que decir que yo he hecho el amor en serio a una mujer!

CRIST. José María, no dices más que sandeces; ¿qué sería de mi pobre vida si no fuese por tu hermana?

JOSÉ M.ª (*Con candorosa ingenuidad.*) Mi hermana es la excepción de la regla.

D.ª CARM. Gracias mil, don José María.

JOSÉ M.ª Atiéndanme ustedes, y no olviden este aforismo que me ha enseñado mi vida aventurera: «El que ha estado en presidio sabe perfectamente bien lo que es tener una esposa».

ROSARIO. (*Indignada.*) ¡Jesús, qué disparate!

D.ª CARM. (*A José María.*) Es usted un exagerado; yo he visto hombres que han llo rado sinceramente la muerte de su esposa.

JOSÉ M.ª ¿Sí, verdad? Pues oiga este otro: «A quien

Dios quiere proteger, le mata la mujer».

D.ª CARM. ¿Y los que se casan en segundas nupcias?

JOSÉ M.ª ¡Reincidentes! Ya lo dice la Sagrada Escritura, que esos van al Limbo.

D.ª CARM. Pues el que pierde una mujer buena...

JOSÉ M.ª (*Interrumpiendo a doña Carmen.*) El que pierde una mujer buena, ¡ah!, no sabe cuánto gana.

ROSARIO. (*Estallando.*) ¡Ea, se acabó; estás hoy desatado, José María!

CRIST. ¡Desatado! Y si sigues así, por ese camino de disparatar...

JOSÉ M.ª (*Interrumpiendo.*) Bueno, nada, no ha pasado nada; cambiemos de conversación.

CRIST. Tiene delante el ejemplo de este ángel (*Por Rosario*), que es toda mi vida, de su hermana, y se atreve a decir...

M.ª VICT. (*Aparte a Guillermo.*) Usted, Guillermo, ¿también piensa como mi tío José María?

GUILLER. Yo, María Victoria, pienso qne si no hubiera sido por el matrimonio de sus padres, no estaría yo ahora hablando con usted.

M.ª VICT. Es verdad; eso es como la luz.

GUILLER. Y por eso... ¡viva el matrimonio! (*Aparte.*) Si después de esto no me entiende...

D.ª CARM. (*Pausa.*) ¡Vaya, vaya!

D. DIEGO. ¡Vaya, vaya!

D.ª CARM. Pues nosotros, siempre hemos soñado para nuestro Guillermo una mujercita que sea buena, si puede ser guapa, y si ello es posible que tenga algún capital, y que su familia sea honrada a machamartillo. ¿No es verdad, Diego?

D. DIEGO. Sí, señor. ¡A machamartillo!

JOSÉ M.ª Vamos, una cosa así como mi sobrina María Victoria.

ROSARIO. (*Indignada por la inconveniencia.*) ¡Pepe!

CRIST. José María, hoy estás para estar solo.

JOSÉ M.ª (*Impertérrito a Carmen.*) Ve usted, mi querida doña Carmen: la franqueza es mal lema para el escudo de la familia.

D.ª CARM. (*Variando el tema de la conversación.*) Señor don Cristóbal, una de las razones de nuestra visita es el cumplir nuestra promesa de llevarle a usted a la Solanera; verán ustedes qué bendición de uva tenemos este año.

D. DIEGO. Este año. Una bendición.

M.ª VICT. ¿Quién va a acompañar a papá?

JOSÉ M.ª Vete tú, sobrina; yo, ya has oído a tu padre, estoy hoy para estar solo.

D.ª CARM. La invitación es para todos.

D. DIEGO. Para todos.

ROSARIO. Yo he de quedarme; mis deberes de ama de casa me impiden hoy moverme de aquí.

CRIST. (*A Rosario, cariñoso.*) ¡Vamos!, ya lo sé todo: postre de dulce tenemos esta noche.

D.ª CARM. (*Poniéndose de pie, cosa que imitan todos.*) ¿Vamos, don Cristóbal?

ROSARIO. (*Entregando el sombrero a Cristóbal.*) Toma tu sombrero.

D.ª CARM. (*A Cristóbal, ofreciéndole el brazo.*) Apóyese en mi brazo, y a la Solanera.

GUILLER. (*Aparte a María Victoria y muy afectuoso.*) María Victoria, ve usted—en este momento—, estoy en un todo de acuerdo con lo que antes dijo su tío.

M.ª VICT. ¿Mi tío?

GUILLER. Sí, cuando señaló la mujer que, según él, me convenía a mí.

M.ª VICT. Sólo que ni yo soy rica ni yo soy guapa.

GUILLER. ¡Anda, que no! La mar de guapa y la mar de rica.

CRIST. ¡Vaya!, ¡vamos!

D.ª CARM. (*Despidiéndose de los que se quedan.*) Doña Rosario, don José María.

ROSARIO. Que ustedes se diviertan.

CRIST. (*A Rosario.*) Hasta ahora mismo, Rosario.

GUILLER. (*Aparte, al hacer mutis.*) Esta niña tiene pasta y hay que aprovecharse. Señora... Don José María.

ESCENA V

ROSARIO *y* JOSÉ MARÍA

JOSÉ M.ª ¡Qué imbécilmente arcaicos son estos señores de González de la Pradera; ella, el monitor; y él, el reloj de repetición de la señora!

ROSARIO. ¡Y qué enormemente modernista estás tú, José María!

JOSÉ M.ª ¡Ah, vamos! A mi franqueza la llamas tú falta de educación. Pues de ello tienen la culpa nuestros padres, que, por lo visto, a ti te supieron educar y a mí no me enseñaron principios sociales; ese barniz que oculta el verdadero modo de ser.

ROSARIO. Bueno, José María; lo que te ruego, por la memoria de nuestros viejos, es que no digas inconveniencias; este Guillermito puede ser un partido para mi María Victoria.

JOSÉ M.ª Pero si yo te he facilitado el asunto; mira, Rosario (*En tono dramático*): yo, qne en medio de mis locuras y de mi mala cabeza tengo un buen corazón, que es el que me pierde, os quiero como lo que sois para mí: el amparo de mis desventuras, el cobijo en las tormentas de mi vida, el áncora de salvación en mis naufragios...

ROSARIO. (*Interrumpiéndole.*) Te conozco, José María...; pero hoy no te puedo dar un solo céntimo.

JOSÉ M.ª (*Con ingenuidad y variando de tono.*) Ro-

sario, eres de una clarividencia que asusta.

ROSARIO. Te conozco muy bien.

JOSÉ M.ª Si yo te dijera que lo que te iba a pedir era lo último.

ROSARIO. (*Asombrada.*) ¿Lo último?

JOSÉ M.ª El punto final. Además, me voy a Madrid, os dejo en paz. (*Ante un gesto de protesta de Rosario.*) Sí, en pàz; sé que mi presencia os es odiosa.

ROSARIO. (*Protestando abiertamente.*) ¡José María!

JOSÉ. M.ª Por lo menos, a tu marido; no me quiere.

ROSARIO. Sí te quiere.

JOSÉ M.ª Desde lejos. Y yo, nada; que he decidido darle ese gusto.

ROSARIO. ¿Y cuándo has tomado esa decisión?

JOSÉ M.ª Hace un momento.

ROSARIO. (*Dándose cuenta.*) ¡Ya! Ella es hija de la carta que acabas de recibir.

JOSÉ M.ª Nada, hija mía, que ejerciendo de pitonisa hacías tú una fortuna loca. Sí, señor; la carta que acabo de recibir.

ROSARIO. Pues, hijo, lamento tener que decirte que, por ahora, tienes que quedarte a vivir con nosotros. Hace dos meses que no cobramos los cupones, y la subvención que mi marido tiene consignada aun no ha sido remitida.

JOSÉ M.ª (*Reconviniendo con cariño a Rosario.*) Bueno, Rosarito de mi alma, hermana mía de mi corazón, procura, cuando estemos solos, imitarme a mí; dime que no te da la gana esta vez de auxiliarme, pero no me cuentes historias chinas ni cuentos tártaros.

ROSARIO. (*Con extrañeza.*) ¡No te entiendo!

JOSÉ M.ª ¡Ah, vamos! ¿Prefieres que sea más claro? Pues claro voy a ser: yo no sé, ni quiero, qué cupones cobráis, ni de dónde recibís la subvención; pero que llevas tiempo sin percibir metálico, efectivo metálico, se lo cuentas a otro.

ROSARIO. (*Poniéndose de pie, indignada.*) ¡José María!

JOSÉ M.ª (*Cogiendo la mano cariñosamente a su hermana, a la que obliga a sentarse.*) Rosario, siéntate, ¡vaya..., ten calma..., tranquilízate! Hace dos o tres meses, cuando fuiste a Madrid, ¿a qué fuiste? Según tu marido, a gestionar el cobro de vuestras rentas; según la realidad, a pedir prestadas mil pesetas a don Hermógenes Roldán, gran amigo mío y distinguido acreedor de medio Madrid, la flor y nata de nuestros más flamantes usureros.

ROSARIO. ¡Pero tú estás loco, José María!

JOSÉ M.ª (*Sin dar importancia a la interrupción.*) Firmaste un pagaré, supongo que al setenta y cinco por ciento, tanto fijo de nuestro común amigo Roldán, y por lo que es conocido en la villa y corte con el remoquete de «el cañón de setenta y cinco», y ese pagaré ha sido saldado no hace mucho tiempo; supongamos que ha habido rebaja, que ya es suponer; pues bien, por lo menos, has tenido que remitir a Madrid mil quinientas pesetas (*Rosario hace ademán de querer interrumpir a José María*); además, y déjame acabar, que en seguida termino; además, tienes que tener un crédito enorme, porque para dejar a alguien don Hermógenes mil pesetas, es que tienes un rato de garantía para responder.

ROSARIO. (*Dándose por vencida.*) Tengo este hotel.

JOSÉ M.ª Don Hermógenes no presta sino sobre fincas urbanas y en Madrid; conozco mis clásicos; conque, sin decirme de dónde, que ello no me interesa, y como último y terminante donativo, espero de tu amabilidad que me prestes cinco billetes de a cien pesetas, que me hacen un horror de falta.

ROSARIO. Hoy no puedo, José María, te lo aseguro; hoy no puedo.

JOSÉ M.ª Pero podrás ¿cuándo?

ROSARIO. (*Después de pensarlo un momento.*) La semana que viene.

JOSÉ M.ª ¿Palabra?

ROSARIO. Palabra; pero no dirás a Cristóbal lo que tú has averiguado no sé cómo.

JOSÉ M.ª Ni ello es un delito ni es una deshonra; que si la deuda fuera una cláusula con sanción penal, estábamos en presidio el noventa y nueve por ciento de los españoles. (*Se pone en pie.*)

ROSARIO. ¿Te marchas?

JOSÉ M.ª Me marcho a corresponder contigo, en calidad de buen hermano.

ROSARIO. (*Poniéndose en pie.*) No te entiendo.

JOSÉ M.ª Tú me has prometido quinientas pesetas; voy hacia la Solanera; a la vuelta, Guillermo y María Victoria serán novios; ¿estás contenta?

ROSARIO. Anda, anda, que siempre fuiste mi debilidad, y que, a pesar de tu cabeza loca, te he de querer

JOSÉ M.ª ¡Ah!, y oye: si me ofreces mil pesetas, te traigo a los papás, que te piden la mano de la niña; y si me das dos mil... si me das dos mil, me llevo al cura a la Solanera y vuelven cónyuges. (*Coge el sombrero, disponiendose a irse por la derecha.*)

ROSARIO. Lo que es por el pico no morirás.

JOSÉ M.ª (*Retrocediendo apenas llega a la puerta.*) ¡Ah, caramba! ¡Pues sí que tengo la cabeza a pájaros!

ROSARIO. ¿Qué se te olvida?

JOSÉ M.ª (*Abrazando a Rosario.*) Dar un abrazo a la flor y nata de las hermanas que hay desde que el planeta existe.

ROSARIO. ¡Si fueras bueno!

JOSÉ M.ª ¡Lo seré! Adiós, Rosario.

ROSARIO. Adiós, José María.

JOSÉ M.ª (*Yéndose por la derecha y haciendo cálculos.*) Con cien duros hay para probar la martingala de Castillo... ¡cincuenta y siete tantos!... Diez y nueve de ganancia... ¡veinte barajas sin salto!... Veo a María Luisa con automóvil propio. (*Mutis.*)

ESCENA VI

ROSARIO, CIRIACA *y después* ROMÁN

ROSARIO. (*Por José María.*) Allá va, feliz él; después de todo, no hay medio de que se corrija...; pero vamos a lo mío, antes de que venga nadie. (*Llamando hacia la izquierda.*) ¡Ciriaca. Ciriaca!

CIRIACA. (*Saliendo por la izquierda.*) Mándeme usted, señora.

ROSARIO. ¿Vino Román?

CIRIACA. Vino Román.

ROSARIO. ¿Hace mucho?

CIRIACA. Va pa media hora; pero como usted me mandó, se ha esperao en la cocina; ha entrao por la corralá.

ROSARIO. Dile que venga.

CIRIACA. Al vuelo (*Vase izquierda.*)

ROSARIO. (*Haciendo cálculos*). Hoy estamos a diez y seis, el catorce debió llegar la carta a la lista de Correos de la capital. No tengo porqué tener miedo a nada. Gracias a Dios hoy habrá dinero en casa,

ROMÁN. (*Saliendo por la izquierda.*) Buenas tardes, señorita.

ROSARIO. Buenas Roman. ¿Qué tal el viaje?

ROMÁN. Como siempre, el macho algo rezongoncillo pero recio siempre.

ROSARIO. Fuiste a...

ROMÁN. (*Interrumpiendo a Rosario.*) Estuve en Correos.

ROSARIO. (*Con ansiedad.*) ¿Había carta?

ROMÁN. Había carta. (*Saca calmosamente de las profundidades de su chaquetón una carta.*) Místela, como ésta. (*Le da a Rosario la misiva.*) Y hoy no me han puesto dificultades en la lista de correos.

ROSARIO. (*Abre la carta, de la que saca un billete de mil pesetas.*) ¿Eh? ¿Sólo mil pesetas?

ROMÁN. (*Excusándose.*) Yo... ahí dirá lo que viene.

ROSARIO. (*Leyendo la carta.*) «... enviándote sólo mil pesetas en espera de mandarte otro tanto dentro de quince días, que harás el favor de mandar, como siempre, a tu criado a la lista.» Menos mal. (*A Román.*) ¿Has comido, Román?

ROMÁN. Estaba haciéndolo.

ROSARIO. Pues vete a la cocina; dentro de quince días tendrás que volver a la lista. (*Dándole dinero.*) Por hoy, toma, lo tuyo.

ROMÁN. (*Guardándose la propina.*) Gracias, señorita. (*Yéndose por la izquierda.*) Con su licencia.

ESCENA VII

ROSARIO, *después* MARÍA VICTORIA, CARMEN, DIEGO, CRISTÓBAL, JOSÉ MARÍA *y* GUILLERMO

ROSARIO. Y ahora, con calma, veamos lo que dice esta carta: «Queridísima Rosario; tu última carta fué para mí un bálsamo tranquiliza-

dor. ¡Cuánto te haces querer! ¡Si tú supieras que por tu recuerdo es por lo que solamente aliento en estas luchas de mi vida! Con esta carta van doscientos duros, enviándote solo mil pesetas en espera...»

JOSÉ M.ª (*Dentro.*) Aquí estamos ya todos. (*Al sentir gente, Rosario oculta presurosa la carta, escondiéndosela en el pecho.*) Los encontré cuando venían de regreso. (*Entran en escena todos los excursionistas de la Solanera.*)

ROSARIO. Señores...

JOSÉ M.ª Hermana mía, abrázame; a ti que, si no mienten las crónicas, eres la mejor de las hermanas. (*Viendo que todos pretenden interrumpirle en su perorata.*) Señores: déjenme ustedes hablar, que a mí lo estrambótico me vuelve loco. (*A Rosario.*) te quiero yo dar el notición más tremebundo que recibiste en la vida.

D.ª CARM. Pero don José María...

D. DIEGO. Pero don José María...

CRIST. Quieres callarte, loco...

M.ª VICT. (*Suplicante.*) ¡Tío!

JOSÉ M.ª (*Sin hacer maldito el caso a ninguno.*) Rosario de mi alma, mantén el secreto; los protocolos de la etiqueta familiar así lo exigen, pero has de saber que dentro de breves días los señores de González de la Pradera vendrán a pedirte la mano de tu hija Maruja para su hijo Guillermo. (*Viendo que quieren interrumpirle de nuevo.*) ¡Nada! ¡Silencio! (*A Carmen y a Diego.*) Ustedes hagan su visita y hablen del tiempo, de las uvas de la parra y de los racimos de las cepas. (*A Cristóbal*); tú, cuñado, mi buen cuñado, siéntate aquí (*Sentándole en el butacón de mimbre.*) y escucha entretenido esas banalidades pueblerinas,

y usted, Guillermo (*Rectificando.*) Es decir, no: tú, Guillermo, aquí, con la que mañana será tu futura, pasado tu presente y hoy es gerundio.

GUILLER. ¿Gerundio?

JOSÉ M.ª ¡Amando! Y tú, Rosario, ven acá y abrázame fuerte, ¿eh? ¿Qué te parece? ¡Qué placidez! ¡Qué encanto! ¡Qué cuadro de familia! ¡Viva el matrimonio! (*Rectificando a toda prisa.*) Bueno, el matrimonio de mi sobrina; el mío, un demonio; y a propósito; dentro de pocos días me vuelvo a Madrid; tengo tales proyectos, que ya verán ustedes qué regalo hago a los futuros cónyuges.

CRIST. ¡Otra vez, José María! ¿A qué viene ese nuevo salto?

JOSÉ M.ª (*Aterrorizado.*) ¡No, Cristóbal! ¡Salto, no! ¡Lagarto, lagarto! No pronuncies esa palabra fatídica. Rosario, vamos a la bodega; hoy se descorcha esa sidra achampanada que quiere ser un champagne vergonzante. Anda, vamos; por un poco no te los caso la semana que viene.

ROSARIO. Pero ¿qué has hecho?

JOSÉ M.ª Vamos a la bodega; allí te lo explicaré, y piensa en tu hermano, y a ver qué propina añades a las quinientas ofrecidas, que me las he ganado con colmo.

(*Carmen, Diego y Cristóbal hablan aparte. María Victoria y Guillermo forman otro grupo. Empieza a caer el telón lentamente*).

JOSÉ M.ª (*A Rosario, ya en la puerta de la izquierda.*) ¡Ah!, y qué lástima no tener a mano una máquina fotográfica. ¡Qué retrato de un valor tan histórico para nuestra familia! (*Simulando que hace una fotografía.*) ¡Un momento! ¡Piff! ¿Los ves? ¡Hipnotizados, hipnotizados! Bueno, her-

manita, quedamos en que habrá ampliación.

ROSARIO. ¿Fotográfica?

JOSÉ M.ª ¡No, hija mía, metálica! ¿Verdad que sí? Vamos por la sidra. (*Vanse por la izquierda.*)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior. La acción de este acto ocurre a las cuatro de la tarde, quince días después de lo sucedido en el anterior. Al levantarse el telón estará José María sentado plácidamente en un butacón de mimbre; momentos después María Victoria saldrá por la izquierda.

ESCENA PRIMERA

MARÍA VICTORIA *y* JOSÉ MARÍA

M.ª VICT. ¿Conque definitivamente te vas hoy, tío José María?

JOSÉ M.ª Hoy, sobrina María Victoria; me debí haber marchado hace quince días; pero el hombre propone y el dinero dispone.

M.ª VICT. Bueno; ¿y se puede saber a qué te vas, tío José María?

JOSÉ M.ª ¿Que a qué me voy? A trabajar.

M.ª VICT. *(Asombradísima.)* ¿A trabajar?

JOSÉ M.ª Sí, señor, a trabajar. Mi oficina la tendré en un sitio magnífico, en un edificio suntuoso, con criados de calzón corto, que estarán dispuestos a andar de cabeza por mí en cuanto les dé una voz.

M.ª VICT. ¿Y vas a ir todas las mañanas?

JOSÉ M.ª Vamos, ¡tú sueñas! ¡Yo levantarme temprano! Eso se queda para los barrenderos, porteros, tenderos y demás prosistas de la vida aperreada. Mi oficina se abre por la tarde, y hay días que hay que estar en ella hasta la madrugada.

M.ª VICT. Me parecerá mentira que tú puedas sujetarte a ese yugo.

JOSÉ M.ª Pues, sí, pequeña, me sujetaré, y gracias a él podré hacerte un regalo de boda estupendo... ¡maravilloso!... Vamos a ver, ¿qué quieres, muñeca? A mí me parece lo mejor darte, por ejemplo, mil pesetas, para que tú y Guillermo las dilapidéis como mejor os plazca.

M.ª VICT. *(En el colmo de la admiración.)* ¡Mil pesetas!

JOSÉ M.ª Como doscientos soles, a sol por duro. *(Variando el tono y preguntando persuasivo.)* Y ahora, óyeme tú, Mariucha: tú debes tener, seguramente, tus ahorritos, ¿verdad?

M.ª VICT. Poca cosa; no sé si llegan a veinte duros.

JOSÉ M.ª *(Con cómica admiración.)* ¿Y a veinte duros les tratas tú con tanto desprecio? *(Confidencialmente.)* Oye, ven acá; ¿quiéres hacer un negocio magno?

M.ª VICT. Tú dirás.

JOSÉ M.ª Me prestas esos veinte duros, y dentro de quince días te devuelvo doscientas pesetas.

M.ª VICT. *(Asombrada.)* ¿Doscientas pesetas?

JOSÉ M.ª Sin faltar una, por el Giro Postal.

M.ª VICT. ¿Tanto vas a ganar?

JOSÉ M.ª *(Distraído.)* Diez y nueve tantos.

M.ª VICT. ¿Cómo?

ESCENA II

Dichos y ROSARIO *por la izquierda*

ROSARIO. *(A María Victoria.)* Qué, ¿estás convenciendo a tu tío para que se quede?

JOSÉ M.ª No, señor; está dándome una vez más las gracias porque sus amores con Guillermito van viento en popa.

ROSARIO. Y tanto; los señores de González de la Pradera quieren pedir el mes que viene la mano de mi María Victoria.

JOSÉ M.ª Y eso por mí; por eso que llamáis mi desvergüenza.

ROSARIO. (*A José María.*) Bueno, pero ¿se te pasó el arrechucho?

JOSÉ M.ª No se me pasó.

ROSARIO. Está bien; pero como no nos vas a estar toreando constantemente, espero que esta vez tu estancia en Madrid será larga.

JOSÉ M.ª Estate tranquila.

ROSARIO. Yo, no por mí, sino por Cristóbal.

JOSÉ M.ª Para venir aquí, me tendréis que cazar con reclamo. (*Se oye una bocina de automóvil, que se supone que toca dentro.*) Hombre, se ha parado un automóvil a la puerta.

M.ª VICT. No es un automóvil; es Guillermito, que para hablar conmigo desde el jardín se trae una bocina, y así parece que nadie nota cuándo llega.

JOSÉ M.ª ¡Muy original! Cosas del progreso.

ROSARIO. Anda, vete; pero por poco tiempo, que luego en la tertulia de la noche os pasáis el tiempo sin dejar de hablar.

M.ª VICT. Hasta ahora. (*Vase por la puerta del foro.*)

ESCENA III

ROSARIO *y* JOSÉ MARÍA

ROSARIO. (*Entregando a José María un sobre cerrado.*) Aquí, en este sobre, tienes el dinero que te ofrecí.

JOSÉ M.ª (*Tomando el sobre.*) ¿Quinientas?

ROSARIO. Quinientas. (*José María saca los billetes del sobre.*) ¿Pero es que dudas?

JOSÉ M.ª ¿Dudar yo? Es que quiero saber si has puesto propina.

ROSARIO. Bueno, hermanito; ¿y a qué se va a dedicar usted en la villa y corte?

JOSÉ M.ª A lo que me salga. Probablemente me asociaré con algún amigo viejo, y dentro de poco recibirás una tarjeta mía en que, debajo de mi nombre, figurará mi nueva profesión: «Comisiones y Representaciones». Es a lo que se dedica todo aquel que no tiene a qué dedicarse.

ROSARIO. Yo le pido todos los días a la Virgen que te haga bueno.

JOSÉ M.ª Pues yo haré bueno el que la Virgen te lo conceda.

ESCENA IV

Dichos y CRISTÓBAL

CRIST. (*Que sale por la izquierda.*) ¿A qué hora sale el automóvil para la estación?

JOSÉ M.ª ¡Caramba! Mi querido cuñado, no tengas tanta prisa, que no me quedaré aqui.

CRIST. ¿Ves lo fuguilla que eres? Yo lo preguntaba por ir a despedirte.

JOSÉ M.ª A las diez de la noche te dejaré tranquilo, y ahora que estoy seguro de marcharme, con vuestro permiso voy a terminar de arreglar mi maleta; bueno, a cualquier cosa, llaman las patronas chocolate; porque conmigo se recuerda el antiguo decir de nuestros abuelos: «Lista de la ropa blanca que mi hijo Crispín lleva a Salamanca: un calcetín...; y aquí da fin la lista de la ropa blanca que mi hijo Crispín lleva a Salamanca.» (*Mutis por la izquierda*).

ESCENA V

ROSARIO *y* CRISTÓBAL, *después* CIRIACA

CRIST. ¡No tiene remedio! No variará; genio y figura...

ROSARIO. (*Disculpándole.*) Pero en el fondo es bueno.

CRIST. Sí, en el fondo lo será; pero, por lo visto, nosotros no hemos pasado de la superficie.

ROSARIO. Es que tú también, nunca le has querido.

CRIST. No es eso, Rosario; es que nuestros caracteres son antagónicos, contrarios; yo, tal vez a ello haya contribuído mi enfermedad, soy serio, enemigo de senderos tortuosos, queriendo que al bien se vaya por el camino del bien; el aforismo que dice que el fin justifica los medios, no fué escrito para mí.

ROSARIO. A ti lo que te pasa es que te has metido en tu concha, como tú dices, y no hay quien te saque de ella.

CRIST. (*Con intensa amargura.*) ¡Mi concha! ¡Ay, querida Rosario! Yo soy un vencido por la vida, vencido por la desgracia, aunque mimado por la suerte, que en medio de mis negruras Dios ha querido que la compañera de mis infortunios sea tan buena como yo no la hubiera soñado; parece mentira que tú y José María seáis hermanos: él todo lo echa a barato, todo le es igual en la vida; tú, Rosario, en cualquier detalle, por nimio que sea, fijas tu atención, y para colmo de venturas, nuestra hija es igual que su madre; por eso te digo que en medio de mis infortunios soy un hombre mimado por la suerte.

ROSARIO. (*Que durante la perorata de su marido*

habrá dado señales de impaciencia y disgusto.) ¿Quieres que te lea algo?

CRIST. (*Extrañado.*) No, ahora estamos hablando de cosas interesantes; cualquiera diría que mi conversación te era enojosa.

ROSARIO. ¿Enojosa? ¿Por qué? Habla lo que quieras, que yo muy gustosa te escucho. (*En este punto y hora se oye llamar en la puerta de la calle, que se supone está a la derecha. Ciriaca pasa de la izquierda a la derecha.*) Espera, han llamado; los de González de la Pradera no serán. (*Entra Ciriaca por la derecha.*)

CRIST. ¿Quién es, Ciriaca?

CIRIACA. Señor, es un señor muy bien puesto, con sus guantes, su sombrero, sus buenas botas.

CRIST. Claro que todo será suyo, mujer; pero ¿no te ha dicho quién es? ¿Cómo se llama?

CIRIACA. Eso, sí, señor; pero como me lo ha dicho dándome una tarjeta, y yo de letra no sé ni la jota...

CRIST. La jota sí la sabes.

ROSARIO. (*Cogiendo la tarjeta que lleva Ciriaca en la mano.*) Trae, Ciriaca.

CRIST. ¿Quién es, Rosario?

ROSARIO. (*Leyendo.*) No le conozco: Fernando de Albarrán.

CRIST. (*Queriendo recordar.*) ¿Fernando de Albarrán?

ROSARIO. Fernando de Albarrán.

CIRIACA. El dice que es muy amigo del señor, que estudiaron juntos.

CRIST. (*Dándose cuenta de quién es.*) ¡Ah! sí, ahora! Albarrán; que pase, que pase en seguida.

ROSARIO. ¿Y yo, me voy?

CRIST. Tú te quedas. Te lo presentaré, y luego, si quieres, nos dejas solos; seguramente hablaremos de ciencia, de estudios.

ESCENA VI

ROSARIO, CRISTÓBAL, ALBARRÁN, *después* MARÍA VICTORIA *y poco más tarde* JOSÉ MARÍA

(*Apenas entra Albarrán por la derecha, Ciriaca pasa de la derecha a la izquierda; Albarrán va donde está Cristóbal, el que se levanta. Ambos, viejos amigos, se abrazan efusivamente.*)

ALBARR. ¡Cristóbal!

CRIST. ¡Fernando!

ALBARR. ¡Aprieta fuerte! ¡Muy fuerte! ¿Cómo estás?

CRIST. Como me ves. ¿Y tú, Albarrán?

ALBARR. Yo, hecho un roble. (*Dándose cuenta de la presencia de Rosario.*) ¡Ah!, perdón, señora; no me fijé.

CRIST. Es Rosario, mi mujer. (*A Rosario.*) Y tú, este señor que aquí estarás viendo, es Albarrán, un compañero mío de carrera, mi íntimo de un ayer muy lejano.

ALBARR. (*Dando la mano a Rosario.*) Señora, tengo un singular placer...

(*En este momento entra María Victoria por el foro.*)

M.ª VICT. Mamá, ya estoy aquí; no dirás que el palique ha sido largo.

ALBARR. ¿Y esta señorita?

M.ª VICT. ¡Ay! No había reparado.

CRIST. Esta es la alhaja de mi casa. (*Presentándola.*) Mi hija María Victoria.

ALBARR. (*Saludando.*) Señorita.

M.ª VICT. Señor.

ALBARR. (*A María Victoria.*) ¿Y está usted contenta en este pueblo?

CRIST. (*Regañando cariñosamente a su íntimo.*) ¿Usted? ¿Qué es eso de usted? ¡Mi

otro yo! ¡Vamos! ¡Hablar de usted a esta muñeca!

ALBARR. (*A Cristóbal.*) Bueno, por complacerte, Cristóbal. (*A María Victoria.*) Oye, María Victoria: yo he visto muchachas muy lindas, pero por lo visto es cierto que lo mejor es lo que está escondido. Eres encantadora; te lo dice este... tío tuyo espiritual.

JOSÉ M.ª (*Sale por la izquierda, sin percatarse de que hay visita.*) Bueno, y este hombre que va a decir adiós a sus amistades del pueblecito éste.

CRIST. (*A José María.*) Ven acá, tarambana (*A Albarrán*), que tú, Fernando, has llegado a tiempo de conocer a toda la familia (*Presentando a José María*), mi cuñado, hermano de Rosario.

ALBARR. (*Saludando a José María.*) Muy señor mío.

ROSARIO. (*A José María, por Albarrán.*) Un íntimo de Cristóbal, compañero suyo de carrera.

CRIST. (*Presentándolo.*) Don Fernando de Albarrán.

JOSÉ M.ª Pues usted, señor de Albarrán, tendrá que perdonarme; esta noche salgo para Madrid, y voy a despedirme de las cuatro o cinco familias que han tenido la desgracia de tratarme.

ALBARR. ¿Se va usted hoy a Madrid?

JOSÉ M.ª Esta noche.

ALBARR. ¡Feliz coincidencia! Yo estoy aquí de paso, y esta noche tendré el gusto de viajar en su compañía.

JOSÉ M.ª El gusto será el mío, señor de Albarrán.

ROSARIO. Y nosotras también nos vamos dentro. (*A Albarrán.*) Usted cenará con nosotros, ¿verdad?

CRIST. Eso no se pregunta; cenará.

ROSARIO. Pues con su permiso (*A María Victoria*): anda nena, vamos a arreglar cuatro cosas.

ALBARR. Señora, hasta en seguida (*a María Victoria*). Adiós, cosa fea.

JOSÉ M.ª (*Despidiéndose.*) Señor de Albarrán, hasta pronto; voy a cumplir un deber de cortesanía con los pueblerinos de la Juncada. (*Mutis por la derecha.*)

ESCENA VII

CRISTÓBAL *y* ALBARRÁN

CRIST. Siéntate.

ALBARR. (*Empezando la conversación, sacando un cigarro.*) Bien, Cristóbal... ¿fumas?

CRIST. No.

ALBARR. ¿Te molesta que fume yo?

CRIST. De ningún modo.

ALBARR. (*Encendiendo un cigarro*) Pues, nada; que de vuelta de instalar una fabriquita, me dije: voy a irme por la Juncada, y de paso ver a mi viejo amigo. (*Dando a Cristóbal palmaditas de cariño. Ambos desde el principio de la escena están sentados.*) Te veo hecho un patriarca... y estás bien de aspecto.

CRIST. No voy mal; ya hacía tiempo que no nos veíamos.

ALBARR. ¿Que si hace tiempo? Terminamos nuestros estudios y, una vez en posesión del título de ingeniero, cada uno tiró por su lado

CRIST. Ese diploma fué la pedrada en un grupo de gorriones; como tú dices muy bien, cada uno tiró por su lado.

ALBARR. Tú trabajaste mucho.

CRIST. Trabajé; gracias a ello vivo como vivo.

ALBARR. ¿Hiciste capital?

CRIST. (*Con intensa amargura.*) Si hubiese hecho capital, no estaría en un pueblo arrumbado como barco viejo; tengo solamente unas cuantas acciones industriales que rentan una miseria... yo... ¡vivo de caridad!

ALBARR. (*Con estupor.*) ¡Eh! ¿Qué dices? ¿De limosna?

CRIST. De caridad; una cosa muy parecida.

ALBARR. (*Extrañado.*) Pero... esta villa...

CRIST. Es que la caridad, querido Albarrán, tiene muchos aspectos, y a mí me hace llegar hasta eso; hasta tener una modesta casita.

ALBARR. Pero, explícame... dime.

CRIST. La caridad, unas veces se manifiesta ostensiblemente; otras es callada, modesta. Bueno, pues la que a mí me hace vivir es esta última: la modesta, la callada.

ALBARR. Me dejas atónito.

CRIST. ¿Por qué? A ti, mi fiel amigo, ¿por qué he de engañarte? Mi vida, Albarrán, ha sido sólo una punzante espina que no he podido arrancarme nunca.

ALBARR. No me digas; la muerte de tu pobre padre...

CRIST. ¡Sí, Albarrán, sí! Ese es uno de los martirios lentos que poco a poco me consume.

ALBARR. Me enteré casualmente; un periódico trajo la horrible noticia de la desgracia.

CRIST. ¡Ah, querido Albarrán! ¡Pues eso no es nada!

ALBARR. ¿Qué dices?

CRIST. Lo que oyes. Mi casa, Albarrán, era un modelo de paz; pero mi hermano...

ALBARR. ¿Antonio?

CRIST. Antonio, sí; hay seres que hubieran debido ahogarse al nacer, que no debieron nacer nunca. Antonio, mientras yo trabajaba por dar brillo a mi nombre, se dedicó a ver el

modo de tirarlo al fango... hizo... lo que te puedes suponer, y su fin fué el que se deducía lógicamente de su vivir.

ALBARR. ¿Murió?

CRIST. ¡Ojalá! Él, que estaba con no sé quién metido en negocios de Bolsa, con corresponsalías de París y Barcelona, de la noche a la mañana desapareció con una importante cantidad.

ALBARR. ¿Qué me cuentas, Cristóbal?

CRIST. Mi padre me llamó una noche, la del 25 de febrero, ¡no se me olvida!, y me habló de él, de su hijo, en forma desusada.

ALBARR. ¿Le disculpó sus yerros?

CRIST. Le condenó agriamente, y aquella noche, ¡aquella maldita noche!, supe una revelación horrible.

ALBARR. Dime...

CRIST. El día antes de la huída hubo una escena violentísima entre mi madre y mi hermano, y éste, ¡óyeme bien!, se atrevió, ¡maldito de Dios!, a amenazar a su madre, ¡a la mía!, y porque mi padre intervino en la cuestión... Llegó a poner sus manos parricidas en la cara de mi padre. Al día siguiente de la noche que yo supe el fatal secreto, mi padre amaneció muerto en su cama.

ALBARR. ¿Una angina de pecho? ¿La rotura de un aneurisma?

CRIST. ¡Una bala de browning alojada en el cráneo! Debió morir maldiciendo la hora en que engendró a mi hermano; poco después mi madre murió en mis brazos, deshecha de dolor, y al morir no tuvo una palabra de odio contra el maldito.

ALBARR. ¡Era su hijo!

CRIST. No, ¡ella era su madre!; esto, aunque parece lo mismo, no lo es ni con mucho.

ALBARR. ¿Y de Antonio, no sabes?

CRIST. Ni quiero... es decir, sí, quisiera saber, para lograr mi íntimo deseo. ¡Ah, si yo le tuviera a mano!

ALBARR. Cálmate; tu vida actual debe consolarte de las torturas pasadas.

CRIST. Sí, es una compensación. ¡Mi Rosario! Ella es mi vida, la luz que me falta, y ella lo sabe, que muchas veces he notado su emoción cuando en su libro de apuntes anota los versos que yo la dedico.

ALBARR. ¿Versos?

CRIST. No sabes lo bien que cuadra la poesía para los que vimos y no vemos. Milton no fué poeta hasta que cegó; claro que yo no pretendo llegar hasta él; pero tampoco, a Dios gracias, he de decir lo que pone en sus labios la historia anecdótica: cuentan que su mujer tenía muy mal genio, pero que era guapísima, y cuando, no se sabe quién, le decía, por halagar su amor propio, «vuestra mujer, señor, es una rosa»; «lo será —contestaba el poeta—, pero como yo no veo, sólo sé que tiene espinas». Yo, en cambio, todos mis versos son a ella, a mi ella; sí, Albarrán, estoy enamorado como un loco; con una ventaja: que envejecerá, y no la veré envejecer; que se arrugará su tersa cara, y para mí siempre será rosada y fresca. ¡Alguna compensación había de tener mi triste vida!

ALBARR. ¿Y la hces versos de pasión?

CRIST. ¿Quieres oír alguno? (*Recordando.*) Verás... ¿cómo es?... ¡Ah, sí!

Si es preciso, por tí mi vida inmolo,
y Dios, de que no miento, es mi testigo;
prefiero ciego estar y estar contigo,
que ver cual antes vi y hallarme solo.

ALBARR. ¡Hermosa poesía! Dice unas cosas...

CRIST. Cosas lógicas en un enamorado; pero ya hemos hablado bastante de mí; recordemos a los del tiempo añejo. ¿Qué fué de Perico Estévez?

ALBARR. Está de director en una fábrica de cemento.

CRIST. ¿Y Pepe Escribano?

ALBARR. Tiene en Madrid una academia acreditadísima.

CRIST. (*Con amargura.*) Todos, todos serán felices; y yo, con un título de ingeniero, con una carrera que el tenerla me ha costado la vista..., ¡y viviendo de caridad!

ALBARR. No digas eso; si los compañeros de carrera no supiéramos que vivías bien, yo te garantizo que de hambre no te morirías.

CRIST. Cambiaría de mano, pero estaría lo mismo. Ya te dije que como capital propio sólo tengo unas acciones industriales que me dan una renta pequeñísima, pero las que no puedo vender por gratitud Y tú conoces seguramente bien la Sociedad; fué una Central que hice yo, de lo poco que hice, marcha admirablemente; ¡qué lástima quedar inútil!...; pero sí, tú la conoces... es un salto que yo aproveché en la provincia de Salamanca, y a la que puse una Central de reserva para el estiaje, que era un modelo.

ALBARR. Ya sé de lo que me hablas, pero, o tu memoria flaquea, o yo no he entendido bien; ¿no fué ese salto el que su dirección te fué otorgada por tu amistad con una marquesa cuyo título no recuerdo?

CRIST. Justo; buena memoria tienes, la marquesa de Cifuentes.

ALBARR. Pero si esa Sociedad quebró de mala manera; las turbinas se las llevó una avenida torrencial, y están los motores llenos de moho.

CRIST. No puede ser, Albarrán, tú estás equivocado; si yo cobro la renta íntegra de las acciones que de esa Sociedad tengo.

ALBARR. Pero si no pagaron a nadie; ¿no fué después de ingeniero un muchacho capitán o comandante de Artillería?

CRIST. Sí.

ALBARR. ¿No pidió quedarse supernumerario, sin sueldo, para ir a dirigir la Central?

CRIST. Sí.

ALBARR. Pues no hace un mes lo he visto en Madrid; está en un regimiento, y hablamos por cierto de la ruina a que llevaron a la Central, la desgracia por un lado y la mala administración por otro.

CRIST. Pues yo te aseguro que a mí me pagan religiosamente, y es más: no sólo cobro las acciones, sino que esa Compañía, esa Sociedad, en la junta general de hace dos años acordó pasarme a mí, como creador que fuí de su floreciente industria, una gratificación de quinientas pesetas mensuales.

ALBARR. ¿Que las cobras?

CRIST. Sin faltar un mes, Albarrán, y tienen que ser de la fábrica; porque si no fuera de la fábrica, si la fábrica no existiera, ese dinero... (*Cristóbal, a pesar de su ceguera, ha visto algo extraño, algo raro, algo que hace que en su alma germine una duda horrible.*) Habla, Albarrán; dime la verdad. Disipa esta duda que acaba de nacer en mi alma. Yo cobro puntualmente esas cantidades, mi mujer me las entrega; habla...

ALBARR. Te diré... es fácil que yo esté confundido...; sí, seguramente lo estoy...; acaso no es tu fábrica de la que yo tengo esas malas noticias... Desde luego no debe ser...

Tiene uno tantos nombres, tantas cosas en la cabeza...

CRIST. ¡Mientes, Albarrán! ¡Ahora es cuando mientes! Y, sin embargo, yo quisiera creerte, porque ella es buena, ella me quiere. (*Transición.*) Pero, ¡Dios mío!, esta bondad ¿es bondad o hipocresía? Su cariño ¿es cariño o compasión? ¡Torpe de mí, que creí siempre que mi ceguera era el mayor de los tormentos! Y es que no conocía esta nueva ceguera del espíritu, más negra, más horrible, porque es hija de la duda.

ALBARR. (*Ante la agitación de su amigo.*) ¡Cálmate! Todo ello será un error, y ya lo desvaneceremos. (*Viendo que por la izquierda sale Rosario.*) ¡Chist, tu mujer!

ESCENA VIII

Dichos: ROSARIO *y después* MARÍA VICTORIA

ROSARIO. (*Trayendo en las manos una bandeja con unas copas y una botella de licor.*) He oído decir, cuando usted entró, que es usted viejo amigo de Cristóbal, y para que vea como yo le cuido, aquí le traigo, para que usted lo pruebe, un Chartreuse confeccionado por estas manos, para regalo del paladar de mi marido. (*Advirtiendo en Cristóbal síntomas de haber sufrido, y por ello le dice con infinita ternura*): Pero ¿qué es eso?; ¿qué tienes, Cristóbal?; tú has llorado; sí, tú has llorado.

ALBARR. ¡Recuerdos del tiempo viejo!

ROSARIO. ¡Ah, vamos! Sacóse a relucir la historia del drama añejo (*A Cristóbal con intenso cariño*): no llores, que aquí estoy yo para ser toda tuya en cuerpo y alma, para enju-

gar tu llanto; ¡vaya!, perdonemos a la vida sus malas acciones, y pruebe usted, señor de Albarrán esta copita (*Sirviéndosela*); y tú (*A Cristóbal dándole otra copa*): auda, vamos, toma. (*Cristóbal bebe.*) ¿Ve usted? Es un niño, se hace de él lo que se quiere, y yo que daría por ahorrarle una lágrima un año de vida.

CRIST. Gracias, Rosario; quiero creer en tus palabras.

ROSARIO. Miren con lo que sale; y claro que tienes que creer en ellas, ¡vaya!; y para quitar a este misántropo la negrura de sus ideas ¿quiere usted, señor Albarrán, que le enseñemos el hotel? Verá usted qué *confort* dentro de lo reducido; el jardín lo cuidamos mi hija y yo.

ALBARR. Con mil amores (*Ofreciendo el brazo a Cristóbal)*: apóyate en mi brazo, te serviré de lazarillo.

CRIST. ¿Para qué? Aunque soy ciego dentro de casa, sé muy bien por dónde ando.

(En el momento de ponerse en pie los personajes se oye en el jardín la famosa bocina, anuncio de que Guillermito no anda lejos.)

ROSARIO. ¡Otra vez! Pero, señor, Guillermito lo ha tomado en serio.

CRIST. ¡Naturalmente! Eso se debe tomar siempre en serio.

(Vuelve a oírse la bocina, que toca repetidamente.)

ROSARIO. Y que trae prisa el angelito.

M.ª VICT. *(Saliendo por la izquierda.)* ¿Me dejas salir, mamá?

ROSARIO. Anda, pero por poco tiempo. *(María Victoria se va por el foro.)* Entonces, si le es a usted igual, veremos primero la casa.

CRIST. *(A Albarrán.)* ¿No te has enterado; has-

ta el reclamo de los enamorados es ultramoderno? En nuestro tiempo silbábamos; hoy, ya lo has oído.

ALBARR. No está mal combinado. (*Hacen mutis por la izquierda.*)

ESCENA IX

DOÑA CARMEN *y* DON DIEGO

(*La escena queda un momento sola; poco después aparecen por la derecha los señores de González de la Pradera.*)

D.ª CARM. (*Muy sofocada.*) La puerta de la calle de par en par; nosotros adentro, y a terminar nuestro asunto.

D. DIEGO. Es que tú eres demasiado súpita.

D.ª CARM. (*Revolviéndose contra Diego.*) ¿Súpita, eh? ¡Buena la íbamos a hacer! Y aquí no hay sino cortar por lo sano, y pronto.

D. DIEGO. Eso; pronto... y cortar por lo sano.

D.ª CARM. En buena familiota íbamos a meter a Guillermo. Anda, que si la niña sale a la mamá... Y no hay duda de que nuestros informes son verídicos.

D. DIEGO. ¡Justo! Tus informes son verídicos.

D.ª CARM. ¿Lo sabes tú también?

D. DIEGO. No me lo has dicho aún, pero ¡verídicos!

D.ª CARM. Me lo ha contado doña Matilde, y ya sabes que esa conoce la vida y milagros del pueblo, de la capital, y, si me apuran, de la provincia. Doña Rosario, bueno le pondremos el doña, tiene un amante en Madrid; Román va por dinero a la capital, y cuando el otro tarda en mandarlo, va ella a la corte, y ¡claro está!, ¡cómo no!, no vuelve nunca de vacío; el marido es un don Con-

siente, que como está ciego, hace que no ve.

D. DIEGO. Y claro que no ve.

D.ª CARM. Mejor dicho, que no sabe; pero no tienen un botón.

D. DIEGO. ¡Cáspita!

D.ª CARM. ¡Ni un botón! Y de un modo fino, pero terminante, sin crudezas, si ello puede ser, hoy ponemos fin a los amores de esa niña y Guillermito; y éste, fuera, a Madrid, a que se aturda en la corte, porque como de tal palo tal astilla, pues ya tienes a nuestro Guillermo loco perdido por su María Victoria. ¡Ay, Diego! Si no llegamos a tiempo, ¡pobres de nosotros! ¡Ah!, ¿y el hermanito? ¿Qué me dices del hermanito?

D. DIEGO. Mujer, yo no te digo nada, tú te lo dices todo.

D.ª CARM. El golfo más grande de la villa y corte; no hay garito donde no le conozcan. (*En este momento entra José María, por la derecha, quien se queda parado sin dar señal de su presencia, escuchando las lindezas que de él dice doña Carmen.*) No hay casa de juego que no sea como su casa; conoce todas las combinaciones de los juegos de azar.

ESCENA X

Dichos y JOSÉ MARÍA

JOSÉ M.ª (*Saludando, exagerando la efusión en el saludo, y como si no hubiese oído nada de la anterior conversación.*) Mis señores de González de la Pradera, tanto bueno por esta su casa; así no les he encontrado en la suya.

D.ª CARM. *(Un tanto seca.)* ¿Ha ido usted por nuestra casa?

JOSÉ M.ª A decir a ustedes adiós.

D. DIEGO. ¿Se marcha usted?

JOSÉ M.ª Esta noche. Pero ¿y Rosario? ¿y Cristóbal?

D.ª CARM. Hemos entrado hace un instante...

JOSÉ M.ª *(En tren de chunga, para cobrarse las lindezas que de él dijeron.)* Aquí tan solos... ¡hombre!, ustedes me podrán sacar de una duda: ustedes llevarán casados un buen pico de años.

D.ª CARM. *(Un tanto amoscada.)* No tantos.

JOSÉ M.ª Yo digo esto teniendo en cuenta la edad de Guillermito; que me figuro que no habrá habido trampa.

D.ª CARM. (*Indignada.*) ¡Caballero!

D. DIEGO. (*Queriendo también mostrar su indignación.*) ¡Ah, sí!... ¡Caballero!

JOSÉ M.ª Perdón, no se me enfaden, y no olviden que mi natural es jocoso, divertido... mi deseo era saber, por si algún día cometo la tontería de casarme.

D.ª CARM. (*Interrumpiendo a José María y poniendo en sus palabras la intención de un miura.*) El disparate no sería de usted, don José María.

JOSÉ M.ª (*Dando la razón a doña Carmen, con chunga y calma.*) De mi futura, conforme; también iba apañada; bueno, pues yo quiero saber de ustedes si es cierta aquella filosofía de nuestro Campoamor:

«Sin el amor que encanta,
la soledad de un ermitaño espanta;
pero es más espantosa todavia
la soledad de dos en compañía.»

D.ª CARM. (*A su marido.*) Es grosero este hombre.

D. DIEGO. Es más. Es... sencillamente grosero.

ESCENA XI

Dichos, MARÍA VICTORIA, *y después* ROSARIO, CRISTÓBAL *y* ALBARRÁN

(*María Victoria sale por el foro, con los ojos rojos de llorar y enjugándose las lágrimas con un pañuelo*).

JOSÉ M.ª (*Va hacia su sobrina y la abraza con todo cariño.*) María Victoria, ¿qué tienes?, ¿qué te pasa?, ¿por qué lloras?

M.ª VICT. Nada, no tengo nada... dejame, tío José María.

(*Salen por la izquierda Rosario, Cristóbal y Albarrán.*)

ROSARIO. (*A Albarrán.*) Por aquí bajamos mejor al jardín. (*Apercibiéndose de la presencia de los de González de la Pradera.*) ¡Ah!, ¿cómo están ustedes? (*Presenta a Albarrán.*) Los señores de González de la Pradera; nuestro amigo y compañero de Cristóbal, don Fernando de Albarrán. (*Al ver cómo está María Victoria.*) María Victoria, ¿qué tienes?, ¿qué te pasa?

JOSÉ M.ª (*A Rosario.*) No sé, por más que la interrogo.

D.ª CARM. ¡Ah, vamos! Es que Guillermo le habrá venido a decir...

ROSARIO. ¡A decir! ¿El qué?

D.ª CARM. (*Fríamente.*) Que Diego y yo hemos decidido que nuestro hijo se vaya a Madrid mañana mismo, y que como su estancia ha de ser de larga duración, creemos... que es conveniente... que por ahora... cesen las relaciones de nuestro Guillermo y María Victoria; así se lo hemos aconsejado a él, y como nuestro hijo está educado en

sanos principios, desde luego ha accedido a nuestra petición.

M.ª VICT. (*Protestando débilmente.*) No, eso no es verdad; Guillermito me acaba de decir que ustedes le obligan, pero que él no quiere.

ROSARIO. (*Abrazando a su hija y llevándosela por la izquierda.*) María Victoria, ven, ven con tu madre.

ESCENA XII

CARMEN, DIEGO, CRISTÓBAL, ALBARRÁN *y* JOSÉ MARÍA

ALBARR. (*Haciendo ademán de marcharse.*) Yo he de retirarme.

CRIST. (*Deteniéndole.*) Tú te quedas. (*A los señores de González, con mucho dominio de sí mismo.*) Nada, señores de González de la Pradera, no hemos dicho nada; pero, en fin, ustedes sabrán la razón por la cual ayer querían casar esta semana a su hijo con mi María Victoria y hoy opinan de modo contrario.

JOSÉ M.ª (*Interviniendo.*) Pero, Cristóbal, es que así... así no se hacen las cosas. (*A Diego y Carmen.*) Vamos a ver; ahora no están ni la madre ni la hija; dígannos ustedes qué ha ocurrido para que lo que ayer parecía de perlas sea hoy dañoso. La familia de María Victoria es de noble alcurnia, tiene pergaminos; claro está que no sirven de mucho, pero no son, gracias a Dios, lo que los franceses denominan «parvenus».

D.ª CARM. (*Saltando ante la indirecta.*) Bueno, señor don José María, no abogue usted tanto por la familia y váyase donde sea a ensayar sus combinaciones de ruleta.

JOSÉ M.ª (*Ante la agresividad de doña Carmen.*) ¡Cómo!

D.ª CARM. (*Poniéndose en pie.*) Y para terminar cuanto antes esta desagradable entrevista, con su permiso nos retiramos.

D. DIEGO. (*Levantándose.*) Eso es. Nos retiramos.

(*El matrimonio se encamina hacia la puerta de la derecha; José María les acompaña.*)

JOSÉ M.ª Vayan ustedes con Dios.

D.ª CARM. (*Secamente.*) No se moleste usted.

JOSE M.ª No, si no es molestia; si fuera molestia no les acompañaría; es que quiero cerciorarme por mí mismo de que efectivamente se van ustedes.

(*Sale por la derecha el matrimonio, al que sigue José María, Doña Carmen y D. Diego se van haciendo aspavientos ante la salida de José María.*)

ESCENA XIII

Dichos, después JOSÉ MARÍA, *más tarde* ROSARIO

CRIST. ¡Otra vez, Albarrán; otra vez la maldita sospecha!... ¿Por qué, dime; por qué esta gente se aparta de nuestro lado, como si temiesen un contagio? ¿Será posible, será posible que ella...? ¿Será mentira su cariño? ¿Será una mentira piadosa, cuya verdad no me deja ver mi maldita ceguera de amor?

ALBARR. Tranquilízate, no dudes de tu mujer; no pueden ser mentidas sus palabras, que no permiten ni Dios ni la Naturaleza monstruos morales como ella sería si... (*Se reprime al ver aparecer a Rosario, que sale por la izquierda.*)

ROSARIO. ¿Se ha ido ya esa gente?

ALBARR. Se ha ido.

ROSARIO. ¡Vayan benditos de Dios! Lo siento sólo por mi María Victoria.

JOSÉ M.ª (*Que vuelve de despedir a los de González.*) ¡Ya está limpia la casa! ¡Camará, qué cotorra!

CRIST. (*Con intensa amargura.*) Lo cierto es que ellos han sido los que nos han despreciado; el porqué, ellos lo sabrán.

ROSARIO. (*Con indignación, que termina al final en franco desconsuelo.*) Pero ¿de dónde podía soñar esa... familia en emparentar con la nuestra? Lo que sucede es que se hicieron ilusiones, creyendo que aquí teníamos el oro y el moro, y cuando se han convencido de que a nuestra hija sólo le damos un nombre honrado... (*No puede más, se separa del grupo, enjugándose unas lágrimas.*)

ALBARR. ¡Ea! ¡Basta! Terminado este incidente, cenemos, y luego vayan ustedes a despedirnos al automóvil.

JOSÉ M.ª Tiene razón el señor Albarrán; terminado este incidente... (*Apercibiéndose del desconsuelo de Rosario, a la que abraza con ternura.*) ¡Eh! ¿Tú, Rosario, tú llorando? ¡La santa de la casa! ¡Malditos los que te hacen llorar! (*Intentando distraer a Rosario, volviendo a su natural burlón.*) Pero no te apures; la venganza es el placer de los dioses; pasado mañana llegará Guillermito a la estación de Atocha; en ella le esperaré, y, te lo prometo, me constituiré en su maestro en la villa y corte. ¡Ah, señores de González de la Pradera, me las pagaréis! ¡Ojo por ojo! Ya veréis cómo vuelve de Madrid vuestro Guillermito, con el profesor que vuestro

mal proceder le ha deparado; menudas lecciones le voy a dar. El no traerá a su regreso papeletas de examen ni notas de sobresaliente; pero papeletas de empeño y cartones de ruleta, ¡un álbum! ¡Mi venganza será terrible! Guillermito tendrá matrícula de honor en martingalas y diploma de socio en todos los «cabarets». ¡Palabra!

CRIST. De modo que quieres vengarte. ¿Y de qué?

JOSÉ M.ª ¿De qué? De esa actitud intolerable de sus señores papás.

CRIST. ¿Y si tuvieran razón?

ROSARIO. Razón, ¿para qué?

CRIST. Para despreciarnos.

ROSARIO. ¿Ellos?

CRIST. Y todos.

JOSÉ M.ª ¡No te entiendo!

ROSARIO. No te entendemos.

CRIST. Rosario, pregúntale a tu hermano qué notas edificantes puede presentar en su vida: barajas, vino, mujeres. Esos son todos sus títulos.

JOSÉ M.ª Que no deshonran.

CRIST. Ni dignifican.

JOSÉ M.ª En un término medio estriba la virtud, y aunque yo fuese peor de lo que soy, y perdónenme ustedes que me ponga serio un instante, ¿cómo podríais ser vosotros responsables de mi vida, ni cómo mis actos, aquellos que fueran indignos, habían de poner su mancha en vuestra frente?

CRIST. ¡Si fueras tu sólo el indigno...!

JOSÉ M.ª ¿Hay más?

CRIST. Más; porque dos sangres gemelas arrastran iguales principios.

JOSÉ M.ª Cristóbal, vuelve en ti.

ROSARIO. ¿Qué ha dicho? ¿Qué ha querido decir?

CRIST. No me entendiste.

ROSARIO. No te entendí, no; que no desciframos fá-

cilmente las mujeres esas frases complejas que formáis los hombres. Pero tenemos una flexibilidad tan refinada, que he sentido un pinchazo en mi alma, un latigazo en el rostro. Lo que quisiste decir, no sé; pero que me has herido cruelmente, eso sí, lo he notado.

ALBARR. Cristóbal, amigo mío, yo te ruego... esta escena...

CRIST. Puedes oírla, eres como mi hermano...

ROSARIO. Y aunque no lo fuera, que, por mi gusto, el mundo entero habría de oír cómo me tratas. ¿De qué me acusas? ¿De qué puedes acusarme?

CRIST. ¡De traición!

JOSE M.ª ¡Ella!

ROSARIO. ¡Yo!

ALBARR. ¡Cristóbal, calla!

CRIST. Dejadme hablar, que tengo en el pecho una ola de sangre que me ahoga. Y es por ella, por ella, la infame, que me engaña.

ROSARIO. ¡Mientes!

ALBARR. ¡Estás loco, Cristóbal!

CRIST. ¡No estoy loco!

JOSÉ M.ª ¡Estás ciego!

CRIST. Ciego, sí; y daría dos veces la vida por un relámpago de luz en este instante (*Coge a Rosario, la abraza y parece querer verle la cara*) que te tengo en mis brazos, Rosario, y no puedo ver tus ojos; que si los viera, yo sabría leer en su fondo la verdad, aunque tu boca jurase mentiras. Habla ahora, así, cerca de mí, tan cerca que, aunque tus labios mientan, yo conozca en tu aliento la verdad. ¡Tú me engañas, Rosario!

ROSARIO. Destroza mi cuerpo, si te ha de servir eso para creerme; destroza mi alma, si

has de creerme así... ¡Mientes, Cristóbal, mientes!

CRIST. (*Mirando a Rosario con sus ojos de ciego*). ¡Rosario...!

ROSARIO. (*Firme y resuelta.*) ¡Mientes, Cristóbal, mientes!

TELON

ACTO TERCERO

DECORACIÓN

La escena tiene lugar en el jardín de la casa donde ocurrierron los dos anteriores. En el foro, tapia pequeña, suponiéndose que la puerta de entrada al jardín está a la izquierda. A la derecha, la casa habitación, con puerta que da al jardín, puerta que en los actos anteriores estaba en el foro. Mesas, veladores de hierro, sillas y bancos adecuados a la escena. La acción sucede dos meses después del acto segundo y en una mañana de sol, a las diez.

ESCENA PRIMERA

ROSARIO, CIRIACA *y después* ROMÁN

(Al levantarse el telón aparecerá Rosario haciendo una labor de costura.)

CIRIACA. *(Saliendo por la izquierda.)* ¿Llamaba la señorita?

ROSARIO. Sí. ¿El señor?

CIRIACA. Está allá dentro con la señorita María Victoria.

ROSARIO. Vino Román, ¿verdad?

CIRIACA. Hace un momento.

ROSARIO. He oído al caballo cuando entraba en la cuadra. Dile a Román que venga.

CIRIACA. *(Mirando hacia la izquierda.)* Aquí está.

(Román sale por la izquierda. Viste de chaquetón y polainas de cuero, indicando con su vestimenta que viene de camino.)

ROSARIO. *(A Ciriaca.)* Bueno, puedes retirarte, y cuando esté el desayuno, avisas.

CIRIACA. (*Yéndose por la izquierda.*) Está bien, señorita.

ROSARIO. ¡Hola, Román!, ¿qué hay?

ROMÁN. Que ayer se me hizo tarde pa cumplir tos los encargos, y como la luna es nueva, no me he querido aventurar por los carrascales, a más que soplaba un ventarrón que amenazaba lluvia en cuanto se aquietase.

ROSARIO. (*Impaciente.*) Bueno... pero...

ROMÁN. *(Desolado, por dar una mala noticia.)* Na, señorita.

ROSARIO. *(Con angustia.)* ¿Cómo nada?

ROMÁN. Que na; que fuí, como de costumbre, a la lista, y na: que no había carta ni na, y que así llevamos yo no sé el tiempo.

ROSARIO. Bueno, está bien. ¿Has desayunado?

ROMÁN. Ahora me está preparando la Ciriaca unas sopas de ajo.

ROSARIO. Pues anda a comértelas, y luego, si quieres, descansas.

ROMÁN. ¡Quiá! Que aunque salí esta mañana con el alba, me acosté ayer con las gallinas; cansao no estoy. ¿Manda usted algo más?

ROSARIO. Nada, Román, gracias.

(Román hace mutis por la izquierda y Rosario vuelve a enfrascarse en su labor, hasta que, después de una pausa larga, aparecen por la izquierda María Victoria y Cristóbal.)

ESCENA II

ROSARIO, CRISTÓBAL, MARÍA VICTORIA *y después* CIRIACA

CRIST. Pues, señor, estoy verdaderamente asombrado; pero verdaderamente asombrado.

ROSARIO. ¿De qué, Cristóbal?

CRIST. De tu hermano.

ROSARIO. No sé por qué.

CRIST. Lleva fuera de nosotros más de un mes, y esta es la fecha que no sólo no nos pide, sino que nos ofrece; dime tú si la cosa no es para quedarse de estuco.

M.ª VICT. Oye, papá, ¿me permites que vaya a contestar la carta del tío?

CRIST. Pues no que no.

M.ª VICT. (*Haciendo mutis por la izquierda.*) ¡Tengo el tío más bueno de todos los tíos!

CRIST. ¡Natural! No deja de la mano a Guillermito, y casi ello es lógico; el muchacho está loco de atar por María Victoria.

ROSARIO. Que no sé adonde conduce todo ello, pues mientras los papás del niño no vengan a pedirnos perdón de su grosera actitud, María Victoria se casa con el sacristán antes que con Guillermo, y mira que esta boda nos era muy conveniente.

CRIST. (*Hablará, y en su dicción se dejará ver una sutil ironía cuando relata a su mujer cómo es su situación económica, comparándola con la de González de la Pradera.*) ¿Conveniente? No. Vamos de potencia a potencia... Ellos son ricos, más ricos que nosotros..., pero aquí también hay dinero; nosotros cobramos unas pingües rentas de una magnífica y floreciente industria... ¿No es verdad que es floreciente y magnífica? Nosotros estamos subvencionados, débil muestra de agradecimiento del Consejo de Administración de un pujante negocio... ¿No es verdad que es un negocio pujante?... Estamos, pues, de igual a igual. ¿No digo bien?

ROSARIO. (*Con una turbación que en vano pretende ocultar.*) Sí... dices bien... como siempre que dices... y, a propósito de ello, que-

ría yo hablarte, y vamos a aprovechar el que estamos completamente solos.

CRIST. Soy todo oídos.

ROSARIO. (*Hablando trabajosamente, como teniendo temor en comprometerse con lo que dice.*) Cristóbal... es lo más probable que dentro de poco... tal vez hoy mismo... me vea obligada a... efectuar un nuevo viaje a Madrid.

CRIST. *(Con tono irónico, que no abandona un solo momento.)* No me digas... me lo figuro todo... Los cupones que no se cobran... o el apoderado que se retrasa en mandar el dinero. Bien, me parece bien.

ROSARIO. Que te parece bien, ¿el qué?

CRIST. Lo del viaje a Madrid, sólo que esta vez..., esta vez, querida Rosario, no vas a irte sola.

ROSARIO. *(Con asombro.)* ¿Que no voy a ir sola?

CRIST. Esta vez te acompañaré yo.

ROSARIO. *(Intentando disuadir a Cristóbal de su empeño.)* ¿Tú? ¿Tú, que siempre has renegado de las molestias de los viajes? ¿Tú, tan aferrado a tu concha, como tú dices, a esta casa?

CRIST. *(Firme en su decisión.)* Yo, Rosario, yo, que quiero conocer al apoderado, que quiero ir a cobrar los cupones, que quiero relevarte en lo que pueda, ahorrándote enojos; yo, yo seré el que eche en cara a nuestro representante en la corte su falta de puntualidad en el pago; yo, que me las arreglaré de manera y modo que esto no vuelva a suceder, para evitarte molestias y fatigas.

ROSARIO. (*Asintiendo débilmente.*) Sí... tienes razón... pero... vamos... a mí me parece... que debías quedarte con María Victoria.

CRIST. Ella se quedará o vendrá, según le acomo-

de y prefiera, que, si se queda, no quedará sola, que con ella vivirán Ciriaca y Román, que son dos perros fieles.

ROSARIO. *(Batiéndose en las últimas trincheras.)* El caso es... que no sé si, yendo tú, tendremos bastante dinero para el viaje.

CRIST. *(Sin dar su brazo a torcer.)* ¿No dices que allí cobraremos? Pues con que tengamos para llegar...; y, en último caso, no creas que estoy tan desprovisto de crédito; ya habrá en la Juncada quien me preste cien duros, si ello es necesario.

M.ª VICT. *(Por la izquierda, con una carta en la mano.)* Papá, oye, tú que todo lo sabes, ¿qué quiere decir abúlico?

CRIST. Abúlico, hija mía, es el calificativo del que padece abulia, carencia de voluntad; ¿por qué es la pregunta?

M.ª VICT. Porque el tío José María dice en su carta *(leyendo la carta que lleva en la mano)*: «Guillermito es un abúlico, hago de él lo que me viene en gana, y dentro de poco nos hemos saltado a la torera a sus señores papás.»

CRIST. *(A María Victoria.)* Bueno, pues tú sigue contestando a tu tío, que yo voy a terminar de hablar dos cosas con tu madre. *(María Victoria, sin decir palabra, hace mutis por la izquierda. Después de una pausa, pregunta a Rosario.)* ¿Se fué la niña?

ROSARIO. Se fué.

CRIST. ¿Ves tú? Si no fuera por lo que es, hubiera respondido a la pregunta de María Victoria diciéndola que abúlico es todo lo contrario de lo que es ahora su padre, porque, no te quepa duda, yo voy a Madrid contigo.

ROSARIO. *(Protestando débilmente.)* Está bién, ya

te he oído; sólo que, como tú comprenderás, no sé a qué viene esto, que tiene todo el carácter de una imposición.

CRIST. Y has dicho la frase empleando la palabra más adecuada: imposición; sí, señor, yo te impongo ese, ¿cómo diría yo a mi vez?, ese sacrificio.

ROSARIO. (*Después de una pausa y con decisión.*) Bueno, pues nos quedaremos todos aquí.

CRIST. (*Replicando con amarga pena.*) ¡Ah! ¿Es que no quieres que vaya contigo? ¿Tienes miedo a que averigüe la verdad?

ROSARIO. (*Revolviéndose indignada.*) ¿Qué verdad? ¿Qué quieres decir con eso?

CRIST. (*Con infinita amargura.*) Nada... más vale que no te lo diga; lo único que espero es que, si algo me quieres aún, si todavía respetas un poco mi autoridad de marido y mi desgracia de hombre, no te irás sin mí, porque así lo quiero.

ROSARIO. Pero...

CRIST. (*Sin dejarla hablar.*) Porque así lo mando.

ROSARIO. ¡Otra vez, Cristóbal; otra vez la maldita sospecha!

CRIST. Otra vez, no; porque la sospecha no ha sido mas que una, una, que ha vivido constantemente en mí desde que nació. Te parece otra porque he callado, porque he sufrido silencioso; pero es la misma, la única. No puede ser más que una. ¡Ah, si yo hubiese tenido pruebas!... Pero espero... ¡espero!

ROSARIO. ¿Y qué es lo que esperas?

CRIST. La verdad. Y la encontraré, no lo dudes.

ROSARIO. (*Irguiéndose ante el insulto y decidida a todo.*) ¿Qué quieres saber? Habla, estoy dispuesta a decirlo todo.

CRIST. ¿Todo? ¿Existe la sociedad que yo fundé?

ROSARIO. *(Después de un instante de duda)* ¡No!

CRIST. ¿Mi fábrica, mis centrales?

ROSARIO. ¡No!

CRIST. ¿Nuestros cupones?

ROSARIO. ¡No!

CRIST. ¿La subvención?

ROSARIO. ¡No!

(Pausa. Cristóbal habla, pretendiendo dominar el estado de tensión de su alma.)

CRIST. Franca, sí has sido. Tiempo y trabajo costó arrancarte esa confesión; pero no hay duda de que la confesión ha sido amplia. Tan amplia, que la vida entera se te debió ir por ella. *(Excitándose progresivamente.)* Y, ¡pobre de mí! ¿Por qué mis torpes nervios no han sabido vibrar lo bastante en este momento para empujar mis manos hacia tu garganta y estrujar en ella tu aliento cuando pronunciabas el último no?

ROSARIO. *(Retrocediendo instintivamente.)* ¡Matarme! ¡Tú, Cristóbal! ¡A mí! ¿Por qué?

CRIST. *(Interpretando torcidamente las palabras de Rosario.)* ¡Es verdad! Tengo la obligación de profesarte profunda gratitud. ¡No todas las mujeres son capaces de venderse por un hombre!

ROSARIO. ¡Venderme yo! ¡Eso no, Cristóbal! Yo hubiera podido venderme mil veces, si esa venta no hubiera significado ofrecer mi boca a otros labios que no habían de ser tus labios, y mi cuerpo a unos brazos que no habían de ser los tuyos... ¡Venderme yo! ¿Para qué? ¿Qué hubiera salvado mi venta? ¿tu vida? ¿Y a cambio de nuestras almas? Te equivocas, Cristóbal, te equivocas.

CRIST. Pues dime la verdad entera. Ese dinero...

ROSARIO. *(Interrumpiendo a Cristóbal.)* No es el producto del reparto de mi boca.

CRIST. ¿Qué es, entonces? *(Rosario calla.)* ¡Dilo! *(Continúa el silencio de Rosario. Pausa. Cristóbal ordena colérico.)* ¡Contesta!

ROSARIO. *(Después de un momento de duda.)* No puedo.

CRIST. *(En el colmo de la indignación y despreciando a Rosario, que llora silenciosa.)* ¿No puedes? ¡Ah! ¡Qué asco de mujer! Déjame. ¡Te desprecio! *(Pausa corta. Aparece Ciriaca por la izquierda.)*

CIRIACA. El desayuno está servido.

CRIST. ¡Ah, sí! El desayuno, ¡vamos! *(A Ciriaca.)* ¡Ah! Espera, Ciriaca. *(A Rosario.)* Tú lo tomarás en tu cuarto, ¿verdad, Rosario? *(A Ciriaca.)* Ciriaca, a la señorita sírveselo en su cuarto. Yo... yo, lo tomaré en el comedor.

ROSARIO. ¡Cristóbal!

CRIST. *(A Rosario, en voz queda.)* ¡Solo! ¡Lo tomaré solo! *(Cristóbal se va por la izquierda. Ciriaca sigue sin decir palabra. En este momento, y cruzándose con los que se van, aparece María Victoria, también por la izquierda.)*

M.ª VICT. ¡Mamá! El desayuno.

ROSARIO. *(Conteniéndose ante su hija.)* No lo tomo. *(Yéndose por la izquierda.)* Recoge tú esa labor, hijita.

ESCENA III

MARÍA VICTORIA, *después* JOSÉ MARÍA *y* GUILLERMO

M.ª VICT. Sola otra vez; así podré volver a leer la postdata de Guillermo. *(Leyendo una carta que saca del bolsillo del delantal.)* «En la carta de tu tío me afirmo y

ratifico en que seré tuyo, contra viento y marea de mis padres.»

(En este punto y hora se ve aparecer por la derecha, pegado a la verja o tapia, la figura de José María, que en voz muy queda llama la atención de su sobrina).

JOSÉ M.ª ¡Chist! ¡Chist!... sobrina.

M.ª VICT. *(En el colmo de la estupefacción.)* ¡Tío José María!

JOSÉ M.ª *(Misteriosamente.)* ¡Chist!... más bajo, por favor, que no vengo solo... traigo a Ciutti.

M.ª VICT. ¿Ciutti? ¿Y quién es Ciutti?

JOSE M.ª En el «Tenorio», un personaje importante de la farsa; ahora, en realidad, un perro, que lo mismo puede ser un San Bernardo que un lulú de Pomerania.

M.ª VICT. ¿Un perro? ¿Pero te traes un perro?

JOSÉ M.ª *(Mirando hacia la derecha y silbando de un modo piano.)* ¡Toma! ¡Ven aquí! ¡Sal sin miedo!

(Ante esta intimación, aparece por la derecha Guillermito. Ambos novios se cogen las manos con efusión).

M.ª VICT. ¡Guillermo!

GUILLER. ¡María Victoria!

JOSÉ M.ª *(Separándoles.)* Bueno, basta de efusiones. *(A María Victoria.)* ¿Y tus padres?

M.ª VICT. Están dentro. *(Haciendo indicación de irse por la izquierda.)* Voy corriendo.

JOSÉ M.ª *(Deteniéndola.)* Estáte quieta. No me esperabas, ¿verdad?

M.ª VICT. De verdad que no, tío, no te esperaba.

JOSÉ M.ª Pues así soy yo; de pronto, ¡plaff!, aquí me tienes, en busca del calor de la familia.

M.ª VICT. *(Filosófica.)* ¡Ya!.. Y sin un cuarto.

JOSÉ M.ª *(Con cómica petulancia.)* Rebosante de dinero.

M.ª VICT. ¿Ganaste?

JOSÉ M.ª ¡Perdí! Que perdí a una cosa y gané a otra; bueno, y para que veas que soy un tío, un verdadero tío, te permito que abraces a Guillermito.

GUILLER. *(Sin hacerse rogar, abraza a María Victoria.)* ¡María Victoria!

M.ª VICT. *(Devolviéndole el abrazo.)* ¡Guillermo!

JOSÉ M.ª *(Viendo que el abrazo se prolonga más de lo debido.)* ¡Eh!, ¡basta! ¡Camará con los sobrinos! *(A María Victoria.)* Y ahora, óyeme: tu tío no es tu tío; tu tío es un enviado de la Providencia, la que, si no le ha hecho su ministro plenipotenciario, por lo menos le ha dado el cargo de secretario de embajada. Figúrate que de aquí nos vamos, ¡asómbrate!, a la iglesia de la Juncada.

M.ª VICT. ¿A la iglesia?

JOSÉ M.ª A la iglesia... vamos a oír la misa del Espíritu Santo.

M.ª VICT. No te entiendo, tío.

JOSÉ M.ª Ni falta; lo único que te debe importar es que yo, fíjate bien, yo arreglo esto en un dos por tres, y el día de hoy lo tendrás que apuntar en tu vida con piedra blanca. Y ahora, a esperar los acontecimientos, y si no quieres estropearnos la combinación, a no decir a nadie ni pío de mi vuelta al hogar, ¿lo entiendes?

GUILLER. *(Persuasivo.)* Sí, María Victoria, sigue los consejos de tu tío... ¡y mutis!

M.ª VICT. *(Convencida.)* No diré a nadie una palabra; pero, oye, tío, si querías que tu venida permaneciese en secreto, ¿a qué darme a mí noticia de tu llegada?

JOSÉ M.ª *(Por Guillermo.)* Por esta calamidad; apenas hemos bajado del *auto,* este angelito, piando por verte, me ha hecho pene-

trar por aquí, con riesgo de que nos hubieran visto, para esperar la ocasión de hablarte.

GUILLER. *(Abrazando a María Victoria.)* ¡María Victoria!

JOSÉ M.ª *(Separando a los enamorados.)* Hemos quedado en que a hablarla, y basta de repeticiones enojosas. *(A María Victoria.)* Conque ¡silencio y esperanza!

GUILLER. ¡Esperanza y silencio! Hasta pronto.

JOSÉ M.ª *(A María Victoria.)* Ya verás cómo es y hasta dónde llega el ingenio de tu tío José María.

ROSARIO. *(Desde dentro.)* ¡María Victoria!

M.ª VICT. Voy, mamá. *(Hace mutis por la izquierda.)*

ESCENA IV

JOSÉ MARÍA, GUILLERMO *y* ALBARRÁN

JOSÉ M.ª Y nosotros a lo nuestro. *(En el momento de irse por la derecha, entra Albarrán por el citado sitio. José María le saluda, indicando que no hace mucho que se han visto.)* ¡Señor de Albarrán!

ALBARR. ¡Hola, buenas piezas!, qué, ¿se vió a la sobrina?

JOSÉ M.ª *(Por Guillermo.)* Vióla, hablóla, abrazóla... Terminada, pues, nuestra misión, nos vamos ahora al templo, que nos hemos enterado de la estancia en la iglesia en estos momentos de la madre de Guillermito, y allí será donde tendrá lugar el desarrollo del segundo capítulo. ¡Hay que ver!, yo, el hombre más desarreglado del planeta, metido a enderezador de entuertos; conque, señor Albarrán *(dándole la*

mano): y de nosotros, como si no existiéramos.

ALBARR. *(Estrechando la mano de José María.)* Adiós, José María.

JOSÉ M.ª Hasta luego, señor Albarrán.

ESCENA V

ALBARRÁN *y* CRISTÓBAL

ALBARR. Y ahora, vamos a dar cuenta de nuestra presencia. *(Palmotea fuertemente.)* ¡Ah de la casa!

CRIST. *(Saliendo por la izquierda.)* ¿Quién es?

ALBARR. ¡Hola, Cristóbal!

CRIST. ¡Albarrán! ¿Pero eres tú?

ALBARR. El mismo. Aquí me tienes otra vez. *(Ambos se sientan.)* Vuelvo de nuevo camino de mi Central, y pasar por la Juncada y no saludarte es cosa que no puede entrar en mi programa.

CRIST. Bueno, pero escucha: ¿has desayunado?

ALBARR. Acabo de tomar un piscolabis.

CRIST. ¿Comerás con nosotros?

ALBARR. Comeré aquí.

CRIST. No sabes cuánto me alegro que te acuerdes de esta casa.

ALBARR. ¿Y tu mujer? ¿Y tu hija? ¿Están bien?

CRIST. Sí, están bien.

ESCENA VI

Dichos y MARÍA VICTORIA

M.ª VICT. *(Saliendo por la izquierda.)* Papá, papá. *(reparando en Albarrán)*: ¡Ah, el señor Albarrán!

ALBARR. ¡Hola, pequeña! Cada día más guapa.

M.ª VICT. Muchas gracias, señor Albarrán. Es usted muy amable.

CRIST. ¿Qué querías, Marichu?

M.ª VICT. Venía a pedirte permiso para ir a misa.

CRIST. ¿Así, de pronto?, ¿qué santo es hoy?

M.ª VICT. No sé... pero... es que esta noche he soñado que hoy por la mañana debía ir a la iglesia.

ALBARR. Sí, hombre, lo ha soñado esta noche *(con intención)*. Y en sueños se le ha aparecido un ángel, ¡claro!, y como ese ángel tiene que estar al lado de Dios, ella quiere ir al templo *(recalcando estas últimas palabras)*, para volver a verle *(a María Victoria)*. ¿No es eso, pimpollo?

M.ª VICT. *(Un poco azorada.)* Sí, justo, eso mismo.

CRIST. *(A María Victoria.)* Bueno, vete. Vaya una ventolera religiosa que le entró de pronto.

M.ª VICT. *(Despidiéndose.)* Adiós, papá; hasta luego, señor Albarrán. *(Hace mutis por la derecha.)*

ALBARR. *(Levantándose de su silla y figurando que habla con María Victoria.)* Reza, hija mía, reza, y hazlo por los dos, ¿eh?, ¡por los dos!, que a ti te harán allá arriba más caso que a mí. *(Volviendo donde está Cristóbal, sentándose y variando el tono de su conversación.)* Y ahora, dos palabras, Cristóbal; además del gusto de saludarte, vengo con una comisión de la que no he vacilado encargarme, dada mi vieja amistad contigo. Se trata de la Central que instalaste tú en tierra salmantina y que marcha como una seda.

CRIST. *(Con asombro.)* ¿Qué dices, Fernando?

ALBARR. *(Con naturalidad.)* Que marcha como una seda. Yo hablo en castellano. Te dije,

tú lo recordarás, que la fábrica se había hundido; te conté que una riada se llevó las turbinas... felizmente, todo ello es falso; la Central existe, y el dinero que cobras, querido Cristóbal, no es, como tú dices, una limosna de gratitud, sino un justísimo pago a tus merecimientos. Yo había padecido una lamentable equivocación, tomando tu fábrica por otra que se instaló por el mismo tiempo en la provincia de Valladolid y que quebró a consecuencia de una crecida.

CRIST. Pero, ¿estás seguro de lo que dices ahora?

ALBARR. Ciertísimo.

CRIST. *(Con intención fácil de adivinar.)* ¿Y a esto nada más has venido?

ALBARR. No creo que te parezca poco; pero si así es, te diré que he venido a algo más. *(Sacando la cartera del bolsillo interior de la americana y de ella unos billetes de banco.)* Te traigo dos mil quinientas pesetas, importe de tu último sueldo, aun no pagado. ¿Quiéres hacerte cargo de ellas?

CRIST. ¿Y me las traes tú mismo?

ALBARR. Es que hay más; yo soy el ingeniero de esa Central. Conque, toma tu dinero.

CRIST. *(Secamente y sin alargar la mano.)* Gracias.

ALBARR. Gracias, ¿de qué?

CRIST. No lo sé a punto fijo. No sé qué agradecerte más, si esas dos mil quinientas pesetas que quiere regalarme tu bolsillo particular, o la mentira piadosa que urdiste en el camino.

ALBARR. No te entiendo.

CRIST. ¡Que es tarde, Albarrán! La Central no existe, ni mi sueldo, ni mis acciones... ¡nada! No existe mas que la acción inicua

de una mujer y la deslealtad de un amigo, que viene hoy a encubrir la traición de aquélla con estudiadas palabras halagüeñas.

ALBARR. (*Un tanto desconcertado.*) Repito que no te entiendo.

CRIST. Que ella, ¿lo sabes?, ella, Rosario, ha confesado todo. Ella me ha dicho que tú dijiste verdad aquella tarde, que la Central no existe, que la Sociedad quebró. Y si ella se ha decidido a revelarlo todo, es inútil que vengas tú a defenderla o encubrirla.

ALBARR. ¿A encubrirla yo?

CRIST. Me lo ha dicho todo, Albarrán, no insistas.

ALBARR. Pues insisto. Y si ella te ha dicho otra cosa, te engaña.

CRIST. ¡Albarrán!

ALBARR. ¡Te engaña!

ESCENA VII

Dichos y ROSARIO

ROSARIO. ¡Cristóbal! ¡Cristóbal!

CRIST. ¿Qué? ¿Qué quieres?

ROSARIO. ¡Ah!, señor Albarrán, ¿cómo va?

ALBARR. Para servirla, señora.

ROSARIO. ¿Quién dirás que acaba de marcharse?

CRIST. ¿Quién?

ROSARIO. ¡Asómbrate! Los señores de González de la Pradera. Han estado cariñosísimos, como si nada hubiera pasado; diciéndome que ellos no pensaron nunca en molestarnos, sino que, como su hijo se iba a Madrid, querían convencerse de si era verdadero el amor de los chicos, y que hoy, que ven que no es un juego, tienen el alto honor de pedirnos la mano de nuestra

María Victoria, y que fijemos nosotros la fecha de la boda; han ido a mandar que enganchen su cochecillo, para que almorcemos todos juntos en su finca La Solanera.

CRIST. Pero, ¿a qué se debe este cambio tan brusco?

ROSARIO. No me explico; pero, en fin, puesto que ellos reconocen su error y se trata de la felicidad de nuestra hija, creo que debemos alegrarnos.

ESCENA VIII

Dichos, MARÍA VICTORIA *y después* GUILLERMO

M.ª VICT. ¡Mamita! ¡Mamita!

ROSARIO. ¡María Victoria!

M.ª VICT. (*Ingenuamente.*) Papá, ¿permites que Guillermito entre aquí?... lo encontré por casualidad.

ALBARR. (*Interrumpiendo a María Victoria.*) En la iglesia.

M.ª VICT. ¿Cómo?

ALBARR. Nada; afirmo, y, naturalmente, tú has venido a escape.

M.ª VICT. Me ha contado todo; que sus padres me quieren, que él me quiere (*a Rosario y Cristóbal*), que vosotros me queréis.

ALBARR. Sí, hija mía, todos los modos del verbo quererse.

CRIST. (*A María Victoria.*) Pues, anda, trae para acá a Guillermito.

M.ª VICT. (*Dirigiéndose a la derecha y llamando a Guillermo, que se supone está aguardando.*) ¡Guillermo! ¡Chist! ¡Muchacho! (*Hablando con él.*) ¡Anda! ¡Pasa! (*Entra Guillermo por la derecha.*)

GUILLER. (*Saludando tímidamente.*) Señores... ¿Cómo está usted, doña Rosario? ¿Cómo está usted, señor don Cristóbal? ¿Cómo está usted, señor de...

ALBARR. (*Interrumpiendo bruscamente las salutaciones de Guillermo.*) Todos estamos estupendamente bien; conque basta de salutaciones.

GUILLER. Es que no quepo en mí de gozo.

M.ª VICT. Va a ser el de hoy un día verdaderamente feliz.

GUILLER. Y tanto; hoy ya seremos novios oficialmente, ¿no es verdad, María Victoria?

M.ª VICT. Sí, Guillermo, ya no tendremos que recurrir a la bocina del automóvil para hablar por la verja del jardín.

ALBARR. De modo, Guillermo, que usted anunciaba su presencia...

GUILLER. Con una bocina de *auto;* hay que modernizar el reclamo.

M.ª VICT. ¿Te acuerdas? A mí se me figura, siempre que vengo al jardín, que voy a oír la bocina. (*En este momento se oye dentro el sonido de una bocina de* auto. *A Guillermo, con asombro.*) ¿Has oído?

ALBARR. ¿Oyeron ustedes?

GUILLER. (*Ingenuo.*) Pues yo no soy; palabra de honor que no soy yo.

M.ª VICT. ¿Quién será? (*Vuelve a oírse el sonido de la bocina.*)

ROSARIO. ¿Otra vez?

ESCENA IX

Dichos y JOSÉ MARÍA

JOSÉ M.ª (*Por la derecha.*) ¿Se puede?

CRIST. ¡Esa voz!

ROSARIO. (*Al ver a su hermano.*) ¡José María!

JOSÉ M.ª (*Abrazando a los suyos.*) ¡Hermana! ¡Cristóbal! Aquí me tenéis, que acabo de llegar en una motocicleta de mi propiedad y uso.

CRIST. (*Asombradísimo.*) ¿Tuya?

JOSÉ M.ª ¡Mía! Dejándome, además, dos mil pesetas en el ahorro postal, y ahora, ¡agarrarse, que viene lo bueno!, y una cuenta corriente en el Banco de España. ¡Yo! ¡El tío José María! ¿Hay quien dé más?

ALBARR. Bueno, pues usted será de la partida.

JOSÉ M.ª ¿De qué partida?

CRIST. De una jira que hoy haremos a una finca de los señores de González de la Pradera.

JOSÉ M.ª ¡Muy bien! Y al verlos a todos tan contentos, preveo que todo esto está arreglado (*por los novios*), que éstos se casan. ¡Ea! a la jira, que hace lo menos veinte días que no me alegro. ¡Hoy la cojo a la salud de mi familia pretérita y futura.

M.ª VICT. Adiós, Guillermo. Voy a ponerme lo más guapa posible.

GUILLER. Adiós, María Victoria. Señores, como dicen los franceses: *sans adieu.* (*Guillermo se va por la derecha y María Victoria por la izquierda.*)

JOSÉ M.ª ¡Lo que ha progresado este chico bajo mì dirección y tutela! Nada, que si se entera el ministro de Instrucción pública me da una cátedra.

ESCENA X

ROSARIO, CRISTÓBAL, JOSÉ MARÍA *y* ALBARRÁN

CRIST. No sé... no lo entiendo.

JOSÉ M.ª ¿El qué?

CRIST. Este cambio tan radical en los de González de la Pradera.

JOSÉ M.ª Sencillísimo. Esta charada te la explico yo ahora mismo. Verás. Los González de la Pradera tenían en cuenta más que nada el dote de su futura hija, y se les ha convencido, llevándoles por el buen camino, porque ahora saben de un modo fehaciente, categórico, demostrado por mí..., que el tío de María Victoria, el calavera, el aturdido, el alocado, dota a su sobrina en medio millón de pesetas.

CRIS. y ROS. (*Poniéndose de pie.*) ¡Tú!

JOSÉ M.ª (*Impertérrito.*) ¡El tío de María Victoria!

ROSARIO. ¿Es que quieres volvernos locos?

JOSÉ M.ª Ven acá, hermana mía, y dame un abrazo fuerte (*abrazándola*), así muy fuerte; eres la más buena de las mujeres, la flor y nata de las hermanas... tú me reconcilias con el sexo femenino.

ROSARIO. Bueno... pero dinos.

JOSÉ M.ª (*Interrumpiendo a Rosario.*) Albarrán, este buen amigo Albarrán, ¿os habrá traído dinero?

ROSARIO. Yo no sé nada.

CRIST. Yo, sí; dos mil quinientas pesetas.

JOSÉ M.ª Habrá dicho que la fábrica da luz.

CRIST. Alumbra a no sé cuántos pueblos.

JOSÉ M.ª ¡Fantasía morisca! Este Albarrán es de un ingenio miliunnochesco... La verdad, la única verdad, es que yo me enteré por Guillermo que Rosario estaba en entredicho, porque cobraba un dinero que decía producto de unos cupones y de una subvención que no existió jamás. Esto bastó para que la echasen en cara un pecado que yo sabía a ciencia cierta que era incapaz de cometer; fuimos dos hermanos, y las buenas y malas cualidades fueron repartidas entre nosotros por nuestros padres, y todo lo santa que a ella la hicieron, todo

lo golfo, dentro de la decencia, que yo salí... *(A Rosario.)* Fuí a ver a Roldán.

ROSARIO. (*Asombrada.*) ¿A Roldán?

JOSÉ M.ª A Roldán, nuestro usurero; éste me dijo la verdad; el dinero lo recibías de Méjico, que lo enviaba... (*Se detiene sin atreverse a seguir.*)

CRIST. (*Inquietísimo, a José María.*) ¡Acaba ya, José María! ¡De Méjico! ¿Has dicho de Méjico?

JOSÉ M.ª ¡Sí! (*El diálogo adquiere una tensión máxima.*)

CRIST. (*Dándose cuenta.*) ¡Él!

JOSÉ M.ª ¡Él! (*Decidiéndose a decirlo.*) Tu hermano.

CRIST. Mi hermano, no; ese... no es mi hermano.

ALBARR. (*Firme y decidido.*) Tu hermano, Cristóbal; de él cobré el dinero que te traigo; tu hermano, a quien la vida castigó cruelmente, y a quien la misma vida, después de haberle herido con todos los dolores y acongojado con todas las angustias y amargado con todos los remordimimientos, le convirtió en un hombre nuevo, sano de alma, fuerte de espíritu, redimido.

CRIST. (*No dando su brazo a torcer.*) ¡No! ¡No! ¡Le odio!

ALBARR. (*Sin dejar su actitud.*) Ni puedes odiarle, ni debes. Tu madre perdonó, y si ella, que sufrió todas las amarguras, supo perdonar, ¿qué derecho te resta a ti ni siquiera para recordar el agravio?

CRIST. ¡Albarrán!

ALBARR. (*Imponiéndose, viendo la lucha que hay en el espíritu de Cristóbal.*) ¡Por ella! ¡Por ella, Cristóbal, perdona y olvida!

CRIST. (*Rendido a los argumentos de su amigo.*) ¡Basta! ¡Sí!... ¡Por ella... por su santa memoria!

ROSARIO. (*Emocionadísima, abrazando a Cristóbal.*) ¡Oh, Cristóbal! ¡Qué alegría!

JOSÉ M.ª Menudo telegrama urgente le voy a colocar al tío, que para algo soy su secretario particular, al tío Antonio, que está en Madrid, esperando tu perdón.

CRIST. Albarrán, dame tu mano. (*Cristóbal estrecha efusivamente la mano de Albarrán.*) Gracias, Rosario. ¡Bendita seas!

JOSÉ M.ª ¡Carape! ¡Pues no me he emocionado!

CRIST. Rosario, perdona mi ceguera. ¡Perdona!

ROSARIO. ¡Perdón! ¿Por qué? Yo no he hecho otra cosa que cumplir con mi deber... mintiendo piadosamente.

JOSÉ M.ª ¡Mentir! ¡Deber! ¡Santas palabras! Y ya veis, yo no he hecho en mi vida sino mentir y deber, y por eso tengo mala fama.

ROSARIO. ¡Cristóbal! ¡Mi Cristóbal!

CRIST. ¡Bendita seas tú! ¡Bendita tu piadosa mentira.

TELÓN

OBRAS DE JOAQUÍN TÉLLEZ DE SOTOMAYOR

EL NÚMERO 1.428. Boceto dramático en un acto

LOS HIJOS DE ARAGÓN. Juguete cómico en dos actos (1)

LA PÓLIZA DE PESETA. Juguete cómico en un acto.

LA REINA AMAZONA. Opereta en tres actos (2).

LA PIADOSA MENTIRA. Comedia en tres actos (3).

ALMA ESPAÑOLA. Drama en tres actos.

---

(1) En colaboración con D. Gonzalo Cantó.

(2) En colaboración con D. Ramón Martínez de la Riva, música de María Rodrigo.

(3) En colaboración con D. Luis Grajales.

OBRAS DE LUIS GRAJALES

EL MEJOR AMIGO. Comedia lírica en un acto (1).
LOCA DE ATAR. Comedia en un acto.
EL FIN DE LA TIRANÍA. Drama en cuatro actos.
«MONT DU MIDI». Juguete cómico en un acto.
LA CUARTA PLANA. Sainete lírico en un acto (2).
MATRÍCULA DE HONOR. Juguete cómicolírico en un acto (3).
EL COLOSO DE RODAS. Aventura cómicolírica en un acto (3).
LA DERROTA DE ANÍBAL. Juguete cómico en un acto (3)
LO QUE DICEN LOS OTROS. Comedia en tres actos (3).
LA CONQUISTA DE ÁFRICA. Comedia en tres actos (3).
EL AGUA DEL JORDÁN. Comedia en tres actos (3)
FIGURITAS DE CERA. Comedia de costumbres populares en tres actos (3).
LA PIADOSA MENTIRA. Comedia en tres actos (4).

---

(1) En colaboración con D. Federico Trujillo.
(2) En colaboración con D. Enrique Bohorques.
(3) En colaboración con D. Francisco García Pacheco.
(4) En colaboración con D. Joaquín Téllez de Sotomayor.

IMPRENTA DE A. MARZO
S. HERMENEGILDO, 32-MADRID

